



**UNA GUÍA DE 7 SEMANAS
PARA ENCUENTROS DE MUJERES**



Elaborado por y para Tres|Dieciséis
Texto: generado con ayuda de ChatGPT
Imágenes: creadas con Midjourney
Idea y desarrollo: Claudia y Hans Andereya – Junio 2025
contacto@TresDieciseis.es
www.TresDieciseis.es

Las citas bíblicas utilizadas en este documento han sido tomadas de:

Versión Reina-Valera 1960 ®
© Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado
© Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Utilizado con permiso.

¿LISTA PARA COMENZAR?

Una vida floreciente en Tres|Dieciséis

Este libro que tienes en tus manos no es solo una colección de enseñanzas, ni un manual de reglas. Es un llamado a vivir el corazón de nuestra fe de una forma real, transformadora y llena de gracia. Es la esencia de lo que queremos que sea nuestra nueva iglesia: Tres|Dieciséis, una comunidad donde cada persona, cada familia, cada corazón, sepa que Jesús es el centro, la respuesta, y el modelo a seguir.

Estos siete valores que hemos plasmado aquí no son solo palabras bonitas o frases motivadoras. Son los cimientos sobre los que queremos construir una vida comunitaria, auténtica y misional. Queremos que cada paso que demos, cada decisión que tomemos, cada conversación que tengamos, cada servicio que ofrezcamos, esté marcado por estos principios que reflejan el evangelio.

Y este libro está pensado especialmente para ti, mujer de Tres|Dieciséis – seas del Campus en La Cuesta, del Puerto de La Cruz, o parte del futuro en La Laguna. Es para que florezcas en tu fe, para que tu ministerio personal y tu participación en el grupo femenino no sean solo actividades semanales, sino un espacio donde el evangelio tome raíz profunda y transforme vidas. Queremos que juntas aprendamos a vivir con los ojos puestos en Jesús, amando a las personas, sirviendo con excelencia, respondiendo con gracia, y viviendo con integridad.

Nuestra nueva iglesia no se trata solo de lo que hacemos los domingos, sino de cómo vivimos cada día. Queremos que Tres|Dieciséis sea un lugar donde mujeres como tú se sientan vistas, amadas, y equipadas para ser embajadoras del reino de Dios en su hogar, en su trabajo, en su comunidad. Una iglesia donde no se espere perfección, sino un corazón rendido a Jesús, dispuesto a ser transformado y a ser instrumento de transformación.

Este es nuestro momento, nuestra invitación a vivir el evangelio con pasión y convicción. Que este libro sea tu compañero, tu guía, tu inspiración para caminar cada día más cerca de Jesús y más cerca unas de otras.

CÓMO USAR ESTE LIBRO

Este libro no es solo para leer y dejar en un estante. Está diseñado para acompañarte en tu día a día, y también para que lo uses de manera dinámica y participativa en tu grupo de mujeres.

Cómo funciona cada capítulo

Cada capítulo aborda uno de los siete valores fundamentales que queremos vivir y respirar en nuestra iglesia. Estos valores están presentados de forma profunda pero accesible, para que puedas:

- Reflexionar personalmente sobre cada principio.
- Identificar cómo aplicarlo en tu vida cotidiana, tanto en casa como en la comunidad de fe.
- Inspirarte a vivir una fe coherente y vibrante que muestre a Jesús en todo momento.

Uso en la reunión semanal de mujeres

Lectura previa o grupal: Antes de cada reunión, puedes leer el capítulo completo en casa o, si prefieres, leerlo juntas en la reunión. Cada capítulo está escrito con un tono cercano, lleno de ejemplos y reflexiones que facilitan la conversación.

Diálogo y reflexión en grupo: Durante la reunión, dedica tiempo a compartir lo que el capítulo te habló, lo que te desafió o inspiró. Usa las preguntas al final de cada capítulo para promover un diálogo honesto, donde cada mujer pueda compartir sus experiencias, inquietudes y aprendizajes.

Recapitulación y oración: Después de dialogar, tomen un tiempo para orar juntas. Pidan a Dios que lo aprendido no quede en teoría, sino que se traduzca en una vida de fe real y transformadora.

Durante la semana

Cada capítulo incluye 7 versículos y 7 oraciones:

- Cada día, medita en uno de los versículos, déjate hablar por Dios a través de su Palabra.
- Usa la oración modelo para inspirar tu propio diálogo con el Señor.
- Aplica el valor del capítulo en lo cotidiano: en tus palabras, tus decisiones, tu actitud hacia los demás, tanto dentro como fuera de la iglesia.

Este ritmo diario no es para generar presión, sino para ayudarte a mantener a Jesús en el centro, y a fortalecer tu relación con Él durante toda la semana.

Preparando el corazón para la siguiente reunión

Cuando llegue la próxima reunión, regresen a las reflexiones del capítulo anterior:

- Compartan lo que Dios hizo en sus vidas durante la semana.
- Cuenten qué desafíos enfrentaron y cómo aplicaron el valor aprendido.
- Alienten a las demás con testimonios de fe y de la gracia de Dios en acción.

Luego, pasen al siguiente capítulo, para seguir creciendo juntas en la fe y en la misión que Dios nos ha encomendado como mujeres de Tres|Dieciséis.

Este libro es mucho más que palabras: es un mapa para que cada semana, cada día, cada conversación, esté marcada por la presencia y el amor de Jesús. Que juntas podamos avanzar, capítulo a capítulo, hacia una vida transformada y transformadora.

ÍNDICE

VALOR 1: JESUCRISTO ES NUESTRO ENFOQUE

- Cuando la vida corre y el corazón olvida
- La mejor parte: Marta, María y nosotras
- Por qué Jesús debe ser nuestro enfoque
- Aplicación personal: Entre las tareas y el alma
- En la iglesia: Más que actividades, un corazón para Jesús
- En la vida misional: Mostrando a Jesús sin palabras
- Versículos del día y oraciones del día (Días 1-7)
- Resumen para la reunión: Vívelo con propósito
- Preguntas para reflexionar y compartir en grupo

VALOR 2: LAS PERSONAS SON NUESTRA PRIORIDAD

- La mirada que ve a las personas
- La historia de Jesús: El buen samaritano
- Por qué las personas deben ser nuestra prioridad
- Aplicación personal: Priorizar relaciones, no cosas
- En la iglesia: Amando a quienes Dios nos da
- En la vida misional: Personas antes que argumentos
- Versículos del día y oraciones del día (Días 1-7)
- Resumen para la reunión: Vívelo con propósito
- Preguntas para reflexionar y compartir en grupo

VALOR 3: LA GENEROSIDAD ES NUESTRA MARCA

- La vida abierta y generosa
- La historia de Jesús: La viuda y sus dos monedas
- Por qué la generosidad debe marcar nuestra vida
- Aplicación personal: Compartir, incluso lo poco
- En la iglesia: Generosidad que transforma
- En la vida misional: Generosidad como testimonio
- Versículos del día y oraciones del día (Días 1-7)
- Resumen para la reunión: Vívelo con propósito
- Preguntas para reflexionar y compartir en grupo

VALOR 4: LA EXCELENCIA ES NUESTRO ESTILO

- Introducción: Lo ordinario con un toque extraordinario
- La historia de Jesús: El perfume derramado
- Por qué la excelencia refleja a Dios
- Aplicación personal: Excelencia en lo pequeño
- En la iglesia: Excelencia con propósito y humildad
- En la vida misional: Brillar con excelencia para Cristo
- Versículos del día y oraciones del día (Días 1-7)
- Resumen para la reunión: Vívelo con propósito
- Preguntas para reflexionar y compartir en grupo

VALOR 5: EL SERVICIO ES NUESTRA PASIÓN

- La grandeza del corazón que sirve
- La historia de Jesús: Lavando pies
- Por qué el servicio refleja el corazón de Dios
- Aplicación personal: Servir con gozo
- En la iglesia: Servicio como camino de crecimiento

- En la vida misional: Servir como forma de testimonio
- Versículos del día y oraciones del día (Días 1-7)
- Resumen para la reunión: Vívelo con propósito
- Preguntas para reflexionar y compartir en grupo

VALOR 6: LA GRACIA ES NUESTRA RESPUESTA

- Cuando la gracia cambia el guion
- La historia de Jesús: La mujer sorprendida en adulterio
- Por qué la gracia debe ser nuestra respuesta
- Aplicación personal: Elegir la gracia cada día
- En la iglesia: Un ambiente de gracia
- En la vida misional: Gracia que rompe barreras
- Versículos del día y oraciones del día (Días 1-7)
- Resumen para la reunión: Vívelo con propósito
- Preguntas para reflexionar y compartir en grupo

VALOR 7: LA INTEGRIDAD ES NUESTRA IDENTIDAD

- La coherencia que impacta
- La historia de Jesús: La tentación en el desierto
- Por qué la integridad debe ser nuestra identidad
- Aplicación personal: Integridad en lo pequeño y lo grande
- En la iglesia: Un testimonio vivo de integridad
- En la vida misional: Integridad que impacta
- Versículos del día y oraciones del día (Días 1-7)
- Resumen para la reunión: Vívelo con propósito
- Preguntas para reflexionar y compartir en grupo

CIERRE: UN LLAMADO A CAMINAR JUNTAS



**JESUCRISTO ES
NUESTRO ENFOQUE**

JESUCRISTO ES NUESTRO ENFOQUE

Cuando la vida corre y el corazón olvida

¿Te ha pasado que despiertas con la sensación de que el día ya te ganó? Abres los ojos y lo primero que escuchas es el sonido insistente del móvil: notificaciones de mensajes que esperan respuesta, alarmas que te recuerdan las citas del día, un correo urgente que necesita tu atención. Te levantas, y mientras te diriges a la cocina, el zumbido de la cafetera se mezcla con el murmullo de la televisión encendida o las voces que reclaman ayuda.

Mientras preparas el desayuno, tu mente empieza a repasar la lista interminable: comprar lo que falta, terminar un trabajo pendiente, llamar a alguien, resolver un problema que quedó sin respuesta. Te sientes como una equilibrista en una cuerda floja, sosteniendo demasiadas cosas a la vez, intentando que ninguna caiga al suelo.

Y en medio de esa carrera contra el reloj, tu corazón empieza a sentirse cansado. No por el esfuerzo físico, sino por el peso invisible de las preocupaciones, del “tengo que” que se repite sin cesar. A veces, te detienes un segundo frente a la ventana, observas el cielo, respiras profundo... y algo en ti dice: “¿Así es como debería vivir cada día?”.

Es entonces, en ese instante casi imperceptible, cuando llega un pequeño recordatorio, casi como un susurro al alma: *“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe”* (Hebreos 12:2). Un versículo que aprendiste hace años en la escuela dominical, o que viste escrito en una tarjeta, y que ahora regresa para recordarte algo vital: no todo depende de ti.

Ese susurro no es solo una frase bonita; es un llamado a detener el paso, a respirar, a soltar. Es como si Jesús mismo, en medio del ruido y el correr, te tomara de la mano y te dijera con ternura: “Ven a mí, descansa, vuelve a mirarme”. Porque aunque la vida corra, y el corazón a veces olvide, Él sigue siendo el centro, el refugio, la paz que necesitamos.

La mejor parte: Marta, María y nosotras

Esta historia nos lleva a un pequeño pueblo llamado Betania, donde Jesús fue recibido en casa de dos hermanas. Marta, la mayor, era la anfitriona que quería asegurarse de que todo estuviera perfecto: el pan recién hecho, el agua fresca, la casa limpia. Corría de un lado a otro, dando instrucciones, revisando cada detalle, preparando todo para que su invitado especial estuviera cómodo.

Quizá has vivido algo similar: queriendo que todo salga bien, preocupada por los detalles, sintiendo que si tú no lo haces, nadie más lo hará. En medio de las tareas, puede que tu corazón se haya llenado de ansiedad, de la sensación de que estás haciendo todo sola, y tal vez hasta con un poco de resentimiento hacia quienes parecen despreocuparse.

Mientras tanto, María –la hermana menor– se sentó a los pies de Jesús. Lo escuchaba con atención, sin prisas, dejando que sus palabras calmaran su alma, sin pensar en las ollas hirviendo ni en las bandejas por servir. Marta, molesta, fue donde Jesús y le dijo: *“Señor, ¿no te importa que mi hermana me haya dejado sirviendo sola? Dile que me ayude”*.

Pero Él le respondió con una ternura que resuena aún hoy...

“Marta, Marta, estás preocupada y turbada con muchas cosas; pero solo una cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte, la cual no le será quitada” (Lucas 10:41-42).

Jesús no estaba despreciando el servicio de Marta, ni diciendo que sus esfuerzos fueran inútiles. Lo que le mostró fue que su corazón estaba demasiado agobiado por lo urgente, por lo inmediato, y que estaba olvidando lo esencial: estar con Él, escucharlo, dejarse llenar por su Palabra y su amor.

Tal vez tú también has sentido esa tensión entre el hacer y el ser. Entre cumplir con las expectativas y detenerte a escuchar. Y es que vivimos en un mundo que nos empuja a hacer más, a producir más, a ser “multitarea” en todo momento. Pero Jesús nos invita a algo radicalmente diferente: a elegir lo importante antes que lo urgente.

Elegir lo importante significa que, aunque la casa no esté impecable o las responsabilidades sean muchas, puedes decidir priorizar el tiempo con Él. Puedes confiar en que, aunque todo no salga “perfecto”, lo realmente necesario –su presencia– nunca te será quitado.

Por qué Jesús debe ser nuestro enfoque

Jesús no es solo un aspecto de nuestra vida, ni un elemento en nuestra agenda. Él es el centro, el latido del corazón, el aire que respiramos. Cuando lo ponemos primero, todo lo demás –las relaciones, las responsabilidades, incluso los problemas– se alinea, porque todo toma su lugar bajo su Señorío.

Quizá te identificas con ese cansancio de tratar de controlarlo todo, de querer ser buena madre, buena esposa, buena amiga, buena líder... y sentir que siempre falta algo. Es como si, por más que te esfuerces, el corazón no encontrara paz. Poner los ojos en Jesús no es añadir otra responsabilidad, sino soltar el peso del control y descansar en quien sostiene todo.

Como un girasol que busca la luz del sol, tu corazón fue diseñado para buscarle. Si lo mantienes en el centro, florece, porque Él es la fuente de la vida. Si lo apartas, se marchita. Es lo que dijo el salmista: *"Porque contigo está el manantial de la vida; en tu luz veremos la luz"* (Salmo 36:9).

Jesús no es solo el principio y el fin, el Alfa y la Omega (Apocalipsis 22:13). Es cada letra del abecedario de nuestra vida. Es la A de aliento cuando sentimos que no podemos más, la B de bondad que necesitamos recibir y extender, la C de consuelo cuando la tristeza nos embarga, la D de dirección cuando no sabemos qué

camino tomar. Es el que llena los vacíos, da sentido a lo cotidiano, y nos recuerda que no estamos solas.

Su presencia no es solo para los grandes momentos espirituales, sino para el café de la mañana, para las lágrimas en silencio, para las risas compartidas. Jesús es Emanuel, Dios con nosotras (Mateo 1:23). Su amor no es un recurso de emergencia, sino el fundamento constante sobre el que podemos construir cada día.

Por eso, poner a Jesús en el centro es reconocer que no se trata de lo que hacemos para Él, sino de lo que Él ya hizo por nosotras. Es confiar en que su gracia es suficiente (2 Corintios 12:9) y descansar en su amor perfecto.

Aplicación personal: Entre las tareas y el alma

Tal vez has experimentado cómo las tareas de cada día llenan tanto tu mente que apenas queda espacio para Jesús. Comienzas el día con intenciones nobles: ayudar, trabajar, cuidar de tu familia, servir a otros. Pero cuando la noche llega y te detienes, te das cuenta de que, aunque has hecho mucho, tu alma sigue hambrienta, como si algo esencial se hubiera quedado sin alimentar.

Este vacío no se llena con listas de cosas cumplidas ni con la satisfacción de “haber hecho lo correcto”. Solo se llena con Jesús. Pero aquí viene un punto importante: no se trata de añadir más actividades a una agenda ya saturada, como si la solución fuera programar más reuniones, leer más capítulos de la Biblia o asistir a más eventos. Si puedes hacerlo, claro que es bueno. Pero la clave está en cómo integramos a Jesús en lo cotidiano, no solo en lo extraordinario.

El Salmo 16:8 dice: *“A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido”*. No dice que lo pongamos solo a la mañana o al acostarnos, sino siempre delante de mí. En otras palabras, Jesús está invitándonos a caminar con Él en cada paso, a hacer de su presencia algo natural y continuo.

Imagina que estás en la cocina, lavando platos después de un día largo. En lugar de solo pensar en la siguiente

tarea, puedes decirle: “Gracias, Jesús, por proveer esta comida. Gracias por esta familia. Ayúdame a servir con amor”. O mientras planchas la ropa, puedes recordar a las personas por las que oras y presentar sus necesidades delante del Señor.

Cuando vas en el coche al trabajo o al colegio de tus hijos, puedes orar en silencio: “Señor, que este día refleje tu amor”. Cuando enfrentas una conversación difícil o un desafío inesperado, puedes hacer una pausa y clamar: “Jesús, necesito tu paz, tu sabiduría. Ayúdame”.

Lo maravilloso es que Jesús no se cansa de acompañarte. Él no necesita que prepares un escenario perfecto para hablar contigo. Le basta un corazón abierto, dispuesto a invitarle a cada momento. Porque Él está ahí, no solo en los momentos “espirituales”, sino en lo más mundano y cotidiano.

Poner a Jesús como enfoque es más que un ritual: es vivir conscientes de que nuestra vida entera está conectada con Él. Que Él no nos pide más horas, sino un corazón disponible, un oído atento, una mirada que le busca. Y que en ese caminar diario, incluso entre las tareas más simples, el alma encuentra descanso y gozo.

En la iglesia: Una mirada a Jesús en cada encuentro

Quizá has sentido a veces que las reuniones, los ministerios y los programas de la iglesia pueden llegar a sentirse como una lista interminable de cosas por hacer, y que nunca acaban y raramente salen 100% bien. Que parece que lo importante es cumplir con lo que se espera de ti: servir en algún equipo, llevar algo para compartir, ayudar en alguna actividad. Tal vez incluso tú misma has promovido ese ritmo, animando a otras a estar siempre ocupadas, creyendo que así cumplimos con lo que Dios espera.

Pero si nos detenemos a pensar, todo cambia cuando recordamos que no estamos aquí para cumplir con un deber, sino para vivir en respuesta al amor que Jesús ya nos mostró. Cada sonrisa, cada gesto de amabilidad, cada ayuda prestada, cada tiempo dedicado a alguien que lo necesita... no son para "ganar puntos" ni para quedar bien. Son reflejos de lo que Él hizo primero por nosotras.

Vivir con Jesús como nuestro enfoque en la iglesia significa liberarnos de la presión de hacer todo "bien" o a nuestro gusto. Significa dejar de medirnos o medir a otros por lo que hacen o no hacen. Es aprender a disfrutar del simple hecho de estar con la comunidad, sabiendo que somos parte de una familia gracias a lo que Él hizo por nosotras.

También significa darnos cuenta de que no debemos esperar que la iglesia sea un espacio donde todo nos complazca, sino donde nosotras podemos ser instrumentos de amor y gracia, reflejando lo que hemos recibido. Es pasar de la expectativa a la participación generosa, de la crítica al servicio amoroso, de la queja a la gratitud.

En vez de centrarnos en lo que falta, podemos elegir centrarnos en quién es Jesús y lo que Él ya hizo, y desde ahí construir relaciones que nutran, animen y edifiquen.

En la vida misional: Mostrando a Jesús sin palabras

Tal vez conoces esa sensación de estar con personas que no comparten tu fe, ya sea en el trabajo, con vecinos o en reuniones familiares. A veces, cuando vemos cómo viven o los errores que cometen, sentimos la tentación de decirles lo que deberían cambiar: sus hábitos, sus palabras, sus actitudes.

Rápidamente surgen los consejos bien intencionados: “deberías dejar de hacer esto”, “no hables así”, “tienes que cambiar para que Dios te bendiga”. Sabemos que la gente sufre por sus malas decisiones, por actitudes que los alejan de Dios, y nuestra tendencia natural es querer que cambien.

Pero aquí es donde necesitamos recordar algo esencial: nadie puede cambiar por sí mismo.

Pedirle a alguien que cambie su ética, su moralidad o que deje el pecado es inútil, porque es algo imposible sin una transformación del corazón. A un pecador no se le puede sugerir que deje de pecar como si pudiera hacerlo por voluntad propia. Lo que primero necesita es que el evangelio avive su corazón muerto y que el Espíritu Santo le regale un nuevo corazón.

Por eso, nuestra tarea misional no empieza dando listas de lo que deberían mejorar, sino compartiendo quién es Jesús y lo que Él hizo. Es mostrándoles su amor antes que alguna ley, su gracia antes que cualquier corrección, su perdón antes que una posible exigencia.

Esto se traduce en gestos sencillos y poderosos: una palabra amable, un gesto de paciencia, una oración silenciosa, una sonrisa sincera. Son como semillas que siembras sin darte cuenta. Puedes ser luz incluso en medio de conversaciones cotidianas, mostrando que Jesús es real, presente y amoroso.

Vivir con un enfoque claro en Él significa que tu vida misma hablará, sin necesidad de discursos largos o argumentos forzados. Porque cuando Jesús es el centro, su amor y gracia se reflejan en cómo miras, cómo hablas, cómo tratas a los demás.

DÍA 1

“Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe” (Hebreos 12:2).

Jesús, hoy quiero mirarte a ti. Ayúdame a no perderme en las prisas. Sé mi paz y mi alegría. Amén.

APUNTES:

DÍA 2

“Busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas” (Mateo 6:33).

Señor, que hoy mi corazón busque primero tu reino y tu voluntad. Ayúdame a confiar que tú proveerás lo que necesito. Amén.

APUNTES:

DÍA 3

“Yo soy la vid, ustedes las ramas; el que permanece en mí, y yo en él, ese da mucho fruto; porque separados de mí nada pueden hacer” (Juan 15:5).

Señor, quiero permanecer en ti hoy. Enséñame a depender de ti para cada paso y decisión. Que mi vida dé fruto que te glorifique. Amén.

APUNTES:

DÍA 4

"Marta, Marta... solo una cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte, la cual no le será quitada" (Lucas 10:41-42).

Señor, dame sabiduría para elegir lo importante: estar contigo y aprender de ti. Haz que mi corazón no se agobie con lo urgente y olvide lo esencial. Amén.

APUNTES:

DÍA 5

“Pongan la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra” (Colosenses 3:1-2).

Padre, ayuda a mi corazón a mirar hacia lo eterno, a enfocarme en lo que realmente importa. Hazme vivir con propósito y esperanza. Amén.

APUNTES:

DÍA 6

“A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido” (Salmo 16:8).

Jesús, gracias porque estás conmigo en cada momento, en lo grande y en lo pequeño. Hoy quiero caminar contigo y no temer. Amén.

APUNTES:

DÍA 7

“Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”
(Filipenses 4:13).

Señor, dame fuerza hoy. Que todo lo que haga sea contigo y para ti. Enséñame a confiar más en tu poder que en mis capacidades. Amén.

APUNTES:

MOMENTO DE REPASO Y REFLEXIÓN GRUPAL

Viviendo con Jesús como nuestro enfoque

Esta semana, cada una de nosotras intentó, en medio de lo cotidiano, poner a Jesús en el centro. Tal vez fue más fácil en algunos momentos y más complicado en otros. Algunas lo lograron al hablar con Él mientras hacían las tareas, otras al detenerse a agradecerle o al recordar un versículo durante el día. Y quizás, también, hubo momentos en que nos distrajimos y dejamos de mirar a Jesús.

Ahora que nos volvemos a encontrar, este es un buen momento para detenernos y mirar atrás:

- ¿Cómo experimentaste el hecho de poner a Jesús como tu enfoque esta semana?
- ¿En qué momentos fue más fácil? ¿Y en cuáles resultó más difícil?
- ¿Hubo algo que te ayudó a recordarlo y mantenerlo presente?

Este tiempo es para compartir con sinceridad, sin miedo ni juicios. Para aprender juntas y darnos cuenta de que no estamos solas en el intento. Porque seguir a Jesús no es un camino de perfección, sino de pasos dados desde la confianza y el amor.

Preguntas para reflexionar y conversar juntas

- ¿Qué cosas suelen apartar tu mirada de Jesús y distraerte de ponerlo en el centro?
- ¿De qué manera concreta lograste mantener a Jesús como el enfoque de tus pensamientos, emociones o acciones esta semana?
- ¿Cómo podemos cultivar una vida de iglesia donde todas pongamos a Jesús en el centro, más allá de las actividades y programas?
- ¿Qué actitudes reflejan en tu vida diaria que Jesús es tu enfoque? ¿Qué pequeñas acciones pueden mostrar esto a otros?
- Piensa en un momento de la semana en que hayas sentido que estabas volviendo a ti misma en lugar de mirar a Jesús. ¿Qué podrías hacer diferente la próxima vez?
- ¿Cómo podemos apoyarnos unas a otras para que Jesús no sea solo un concepto, sino realmente nuestro enfoque cada día?
- Esta semana que viene, ¿qué gesto o práctica te ayudará a recordar que Jesús es el centro?

Recordemos que poner a Jesús como nuestro enfoque no es algo que podamos hacer solas. Necesitamos de su gracia y del apoyo de quienes caminan con nosotras. Que esta reunión sea un espacio para recordarnos mutuamente que Él está con nosotras, que nos sostiene y nos anima a seguir caminando con la mirada puesta en Él.



**LAS PERSONAS SON
NUESTRA PRIORIDAD**

LAS PERSONAS SON NUESTRA PRIORIDAD

Un mundo de ocupaciones y rostros

Vivimos rodeadas de gente: en casa, en el trabajo, en la iglesia, en la comunidad. Sin embargo, a veces, entre prisas y listas de pendientes, los rostros que nos rodean se desdibujan. Se convierten en siluetas que caminan rápido, en nombres que recordamos solo por costumbre, en necesidades que sentimos como cargas. ¿Cuántas veces nos hemos sorprendido deseando que las personas “no sean tan complicadas” o “no interrumpen” nuestras agendas?

Puede que, incluso, al final del día sintamos que hemos hecho mucho... pero no sabemos si hemos amado bien. Nos hemos ocupado, sí, pero ¿nos hemos detenido a mirar a los ojos, a preguntar con interés, a escuchar con paciencia? En medio de la rutina, podemos perder de vista que detrás de cada sonrisa amable o mirada ausente, hay alguien que necesita ser visto, escuchado, valorado.

Jesús, a diferencia de nosotras, nunca se dejó atrapar por el ajetreo. El evangelio nos lo muestra constantemente viendo a las personas, no solo a las multitudes. Vio a Zaqueo subido a un árbol, a la mujer junto al pozo, a la viuda que daba lo poco que tenía. Vio a los niños que los discípulos querían apartar, al leproso que todos evitaban, al ladrón crucificado a su lado. Para Él, cada encuentro era importante, cada persona tenía un nombre y una historia.

Y nosotras, ¿cómo podemos vivir de otra manera? Si seguimos a Jesús, estamos llamadas a aprender de su mirada. Una mirada que se detiene, que reconoce, que se interesa, que ama sin condiciones. Tal vez nos cueste, porque a veces preferimos lo fácil, lo predecible, lo que no interrumpe. Pero cuando recordamos que Jesús nos miró así a nosotras – cuando nos encontró en nuestro pecado, en nuestra necesidad, en nuestra soledad–, comprendemos que hacer de las personas nuestra prioridad no es solo un deber, sino un reflejo del amor que hemos recibido.

La historia de Jesús: La mujer del flujo de sangre

Un día, Jesús caminaba rodeado de una multitud que lo apretujaba por todos lados. La gente lo seguía, cada uno con sus motivos, muchos esperando un milagro, otros por simple curiosidad. En medio de ese gentío, una mujer enferma desde hacía doce años se abría paso tímidamente. Esta mujer había gastado todo lo que tenía buscando una cura y solo había encontrado decepción y rechazo. En la cultura de su tiempo, su enfermedad no solo la debilitaba físicamente, sino que también la convertía en una marginada. Era considerada impura, intocable, invisible.

Pero ella había oído hablar de Jesús. Y en su corazón surgió una pequeña esperanza, una fe sencilla y desesperada: *“Si tan solo toco su manto, quedaré sana”* (Mateo 9:21). Con esa fe temblorosa, se acercó entre la multitud y tocó el borde de su manto. En ese instante, el milagro sucedió. Su cuerpo fue sanado y sintió en lo profundo que había sido restaurado.

Jesús, que parecía seguir caminando, se detuvo. Se detuvo en medio de la multitud. Preguntó quién lo había tocado. Los discípulos, sorprendidos, le dijeron: *“Maestro, toda esta gente te aprieta, ¿cómo preguntas quién te ha tocado?”*. Pero Jesús insistió: *“Alguien me ha tocado, porque he sentido que poder ha salido de mí”* (Lucas 8:45-46).

La mujer, temblando de miedo, se acercó y contó toda la verdad. Esperaba quizás ser reprendida, pero lo que recibió fue una mirada llena de ternura y palabras de afirmación: *“Hija, tu fe te ha sanado. Ve en paz”* (v. 48). En ese momento, no fue solo un cuerpo lo que se sanó, sino un corazón que fue restaurado. Jesús no permitió que esa mujer quedara escondida entre la multitud. Le dio un rostro, un nombre, una identidad. La llamó “hija”, le devolvió la dignidad, la incluyó de nuevo en la comunidad, y le regaló paz.

Esta historia nos revela el corazón de Jesús: las personas eran su prioridad. No importaba el apuro, el lugar, ni la multitud. Para Él, esa mujer era más importante que seguir caminando o atender a otros. Jesús no tenía prisa cuando se trataba de amar y restaurar.

Nos enseña que para nosotras también, detenernos por alguien, mirar con atención, y actuar con compasión, vale más que cualquier agenda o plan del día.

Por qué las personas deben ser nuestra prioridad

Cuando miramos la vida de Jesús, descubrimos que no solo amaba a las personas, sino que las veía, las escuchaba, las buscaba. Era su prioridad, porque en ellas estaba el reflejo de la creación de Dios, de su imagen.

A veces, nosotras caemos en el error de pensar que las personas son solo parte del camino hacia algo más importante. Que son los que llenan los ministerios, los que organizan los eventos, los que necesitan ser “atendidos” para que todo funcione. O que son quienes “se equivocan” y a quienes hay que enseñarles el camino correcto.

Pero Jesús nos muestra algo distinto: las personas no son un medio para algo más grande; ellas son el motivo. Son el centro del amor del Padre, el objeto de la redención. Dios mismo se hizo hombre para buscarlas, para amarlas, para reconciliarlas consigo.

Cuando entendemos esto, nuestro enfoque cambia. Dejamos de ver a los demás como “trabajo” o “desafío”, y empezamos a verlos como hermanos, como hijas amadas, como reflejos de la gracia que nos alcanzó a nosotras también.

Juan lo resume con sencillez y profundidad: *“Nosotros amamos porque él nos amó primero”* (1 Juan 4:19).

Amamos a otros, no porque siempre sea fácil o porque nos guste hacerlo, sino porque hemos sido amadas primero. Y ese amor recibido es lo que nos impulsa a amar, a servir, a acompañar.

Hacer de las personas nuestra prioridad no significa ponerlas por encima de Dios, sino vivir el mandato que Él nos dio: *"Amarás a tu prójimo como a ti misma"* (Mateo 22:39). Es un amor que nace de conocer a Dios, y que se manifiesta en cómo tratamos a quienes Él pone a nuestro alrededor.

Y aunque amar a veces sea difícil, cansado, e incluso doloroso, nunca estamos solas en ese esfuerzo. El Espíritu Santo nos da la capacidad, la paciencia y el corazón para amar como Jesús amó.

Aplicación personal: Rostros que importan

Tal vez esta semana pasaste por alto a alguien que necesitaba un gesto, una palabra, una sonrisa. Quizá estabas tan concentrada en tus pendientes que no viste a la compañera de trabajo que se notaba triste, al vecino que cruzó por tu camino o incluso a alguien de tu propia casa. Es fácil dejar que las ocupaciones y distracciones nos hagan olvidar que detrás de cada rostro hay una vida con necesidades, heridas y anhelos.

Pero la buena noticia es que cada día tenemos nuevas oportunidades. Amar como Jesús no requiere grandes gestos, sino pequeños actos cargados de intención y gracia. Al preparar el desayuno para tu familia, puedes hacerlo con una oración silenciosa por ellos. Al mandar un mensaje a una amiga, puedes incluir una palabra de ánimo. Al escuchar a alguien sin interrumpir, estás mostrando el amor de Cristo.

Tal vez hay alguien con quien has tenido conflictos, alguien a quien te cuesta amar. Recuerda que nosotras también somos receptoras de gracia, y que ese amor no se gana, sino que se recibe para poder darlo. Amar no es simplemente un sentimiento; es una elección diaria que dice: "Aunque sea difícil, voy a tratarte como Jesús me trata a mí: con paciencia, con comprensión, con misericordia".

Haz una pausa. Piensa: ¿quién es esa persona que Dios pone delante de ti hoy? Quizás no sea alguien “fácil”, pero cada encuentro es una oportunidad para amar de forma práctica. Puede ser tu hijo adolescente con el que discutes, tu vecina que siempre se queja, la señora mayor que necesita ayuda en el supermercado.

Recuerda: Jesús no nos amó porque éramos amables o fáciles de tratar. Nos amó cuando estábamos perdidas, rotas, cuando no merecíamos nada. Y ese mismo amor es el que podemos reflejar, incluso en lo cotidiano.

En la iglesia: Comunidades que reflejan el amor de Cristo

La iglesia no es solo un lugar donde nos reunimos los domingos, ni un conjunto de programas y actividades. Es un espacio donde el amor de Jesús debería respirarse en cada conversación, en cada gesto, en cada mirada. Una comunidad donde cada persona se sienta vista, valorada y acogida, no por lo que hace, sino por lo que es: hija amada de Dios.

Pero a veces, en el trajín de servir, de cumplir roles, de mantener todo funcionando, corremos el riesgo de dejar de ver a las personas. Nos acostumbramos a los nombres, a los cargos, a las responsabilidades, y olvidamos que detrás de cada tarea hay una persona con su propia historia, sus luchas, sus necesidades.

vemos a otros solo por lo que hacen, sino por quienes son. Que no juzgamos según su desempeño o su capacidad, sino que les extendemos gracia, como Jesús nos la extiende a nosotras. Es interesarnos realmente por cómo están, detenernos a preguntar y escuchar, ofrecer palabras de aliento, orar unas por otras, construir puentes en vez de muros.

También significa no esperar que la iglesia sea perfecta ni que otros nos sirvan siempre. Significa dar el primer paso, acercarnos a la que está sola, abrazar a la que está dolida, recibir con alegría a la nueva, reconciliarnos con la que nos ha herido. En lugar de enfocarnos en lo que nos falta, podemos mirar a Jesús y recordar que Él ya hizo todo lo necesario para unirnos como familia.

Vivir así en la iglesia transforma los espacios comunes en lugares sagrados, porque lo que sucede allí –aunque sea preparar sillas, servir un café o coordinar un grupo pequeño– se convierte en una ofrenda de amor a Dios y a las personas.

En la vida misional: Amando al prójimo más allá de las palabras

A veces, en nuestra vida cotidiana, nos encontramos rodeadas de personas que no conocen a Jesús. Tal vez son nuestros compañeros de trabajo, vecinos, familiares, o simplemente conocidos que cruzan

nuestro camino. En lugar de pensar en cómo convencerlos o corregirlos, el desafío es mostrarles con nuestra vida que son importantes para Dios y para nosotras.

Poner a las personas como nuestra prioridad en la vida misional significa interesarnos genuinamente por ellas, por sus historias, sus alegrías y sus luchas. Es ver más allá de las etiquetas, de las diferencias, y acercarnos con un amor que no espera nada a cambio.

Esto puede expresarse en cosas simples: detenerte para escuchar a alguien que necesita hablar, ofrecer tu ayuda a quien está sobrecargado, enviar un mensaje de aliento a esa amiga que se siente sola. No se trata de tener respuestas para todo, sino de estar presentes de una manera que refleje el amor incondicional de Jesús.

Cuando las personas se sienten valoradas y amadas, pueden abrir su corazón a escuchar lo que tenemos para compartir. Y en esos momentos, nuestras palabras serán naturales, respaldadas por hechos que hablan más fuerte que cualquier argumento.

Así, nuestra vida se convierte en un testimonio sencillo pero poderoso: no porque sepamos mucho, sino porque vivimos como mujeres que aman y priorizan a las personas, como Jesús lo hizo.

DÍA 1

“Un mandamiento nuevo les doy: que se amen los unos a los otros. Como yo los he amado, así también ustedes deben amarse los unos a los otros”
(Juan 13:34).

Señor, enséñame a amar a los demás como tú me amaste, con paciencia, gracia y generosidad. Ayúdame a vivir hoy reflejando tu amor. Amén.

APUNTES:

DÍA 2

"Nadie busque su propio bien, sino el bien de los demás" (1 Corintios 10:24).

Padre, líbrame de mi egoísmo. Ayúdame a pensar en el bien de quienes me rodean y a servir con alegría. Amén.

APUNTES:

DÍA 3

“Que el amor sea sin hipocresía. Aborrezcan lo malo, aférrense a lo bueno. Amense los unos a los otros con amor fraterno” (Romanos 12:9-10).

Señor, hazme genuina en mi amor. Enséñame a amar con sinceridad y a mostrar bondad a quienes has puesto a mi lado. Amén.

APUNTES:

DÍA 4

“Cada uno debe agradar al prójimo para su bien, con el fin de edificarlo” (Romanos 15:2).

Señor, dame un corazón dispuesto a edificar a otros, a ser una fuente de ánimo y apoyo. Muéstrame cómo puedo ser de bendición. Amén.

APUNTES:

DÍA 5

“Por encima de todo, vístanse de amor, que es el vínculo perfecto” (Colosenses 3:14).

Señor, cúbreme hoy con tu amor. Que sea visible en mis palabras, gestos y actitudes. Que otros vean a Jesús a través de mí. Amén.

APUNTES:

DÍA 6

"Hagan todo con amor..." (1 Corintios 16:14).

Padre, que cada acción de mi día esté marcada por tu amor. Que incluso en lo más pequeño yo pueda reflejar tu corazón. Amén.

APUNTES:

DÍA 7

“Lleven los unos las cargas de los otros, y cumplan así la ley de Cristo” (Gálatas 6:2).

Señor, ayúdame a estar atenta a las necesidades de los demás. Dame compasión y fortaleza para acompañar y sostener a otros. Amén.

APUNTES:

MOMENTO DE REPASO Y REFLEXIÓN GRUPAL

Vívelo con propósito

Esta semana, cada paso puede ser una oportunidad para priorizar a las personas, para detenernos y mirar con ojos llenos de gracia. Tal vez será una conversación con alguien que necesita ser escuchado, una sonrisa para quien suele pasar desapercibido, o un gesto de generosidad hacia quien lo necesita.

Piensa en cada encuentro como una cita divina: un espacio donde el amor de Dios puede tocar a través de ti. No importa si es con tu familia, con tus compañeros de trabajo, con los vecinos o con la persona que encuentras en la tienda. Todas son ocasiones para recordar: Jesús hizo de las personas su prioridad, y yo quiero seguirle en ese camino.

Al comenzar cada día, pídele a Dios que te muestre a quién puedes amar hoy, con palabras, con actos, con una oración silenciosa. Y al terminar el día, toma un momento para agradecerle por cada oportunidad, grande o pequeña, donde pudiste reflejar su amor.

Preguntas para reflexionar y compartir en grupo

- ¿Cómo descubriste esta semana que las personas son importantes para Dios y para ti?
- ¿Hubo algún momento donde elegir amar fue difícil? ¿Qué hiciste?
- ¿Qué cambios pequeños podrías hacer para priorizar a las personas en tu vida diaria?
- ¿Cómo podemos animarnos unas a otras a vivir el amor de Cristo en nuestra comunidad de fe?
- ¿Qué historia o encuentro de esta semana te recordó la forma en que Jesús trataba a las personas?
- ¿De qué manera puedes mostrar el amor de Dios a alguien que aún no lo conoce?
- ¿Cuál será tu decisión concreta esta semana para amar más y mejor, en casa, en la iglesia, y en la comunidad?



**LA GENEROSIDAD ES
NUESTRA MARCA**

LA GENEROSIDAD ES NUESTRA MARCA

Un corazón que da sin medida

Quizá has escuchado más de una vez que “es mejor dar que recibir”. Es una frase que suena bien, que decimos casi de forma automática, pero si somos honestas, hay días en que dar cuesta. Días en que sentimos que no tenemos suficiente: suficiente tiempo, suficiente energía, suficiente dinero, suficiente paciencia. Días en que damos y sentimos que nadie lo agradece, y donde hasta el esfuerzo más pequeño parece pasar desapercibido.

Y sin embargo, Jesús nos invita a una vida diferente. Una vida donde la generosidad no es solo dar cosas, sino dar de nosotras mismas. Donde lo que damos no se mide por la cantidad, sino por el amor con que lo hacemos. Donde aprendemos a abrir nuestras manos, pero también nuestro corazón.

La generosidad que Jesús modeló no fue solo material. Fue una generosidad que dio tiempo, atención, perdón, gracia. Una generosidad que vio al necesitado, pero también al que se sentía indigno. Que tocó al leproso, que lloró con los que lloraban, que partió pan con los hambrientos. Una generosidad que no se reservó para ocasiones especiales, sino que fue parte de su manera de vivir.

A veces pensamos que la generosidad es solo para quienes tienen mucho: mucho dinero, mucho tiempo libre, muchos recursos. Pero la verdad es que el llamado de Jesús no depende de lo que tenemos, sino de lo que estamos dispuestas a ofrecer. Y a veces, lo más valioso que podemos dar es nuestra presencia, nuestra atención, nuestro amor.

Tal vez has sentido que no tienes nada especial que ofrecer, o que lo que das es tan pequeño que no marca la diferencia. Pero Jesús nos recuerda que incluso lo pequeño, cuando se hace con amor, tiene un valor eterno. En este capítulo, vamos a descubrir juntas cómo la generosidad no es solo un mandato, sino una marca distintiva de quienes seguimos a Cristo. No es un acto ocasional, sino un estilo de vida. Porque cuando vivimos con manos abiertas y corazones dispuestos, estamos reflejando el corazón de Aquel que se dio por nosotras.

La historia de Jesús: La viuda generosa

Un día, Jesús estaba en el templo observando cómo la gente echaba sus ofrendas en el arca. Muchos ricos daban grandes sumas de dinero, ofrendas que seguramente llamaban la atención y parecían impresionantes a los ojos de los demás. Pero entre esa multitud apareció una mujer viuda, pobre, que solo pudo dar dos pequeñas monedas de cobre.

A los ojos del mundo, lo que ella ofreció no tenía importancia. Era una cantidad mínima, apenas lo suficiente para comprar un poco de pan. Nadie se detuvo a mirarla. Nadie celebró su gesto. Era solo una mujer más, casi invisible, que entregó lo poco que tenía. Pero Jesús la vio. Se detuvo y llamó a sus discípulos para enseñarles algo profundo: *“En verdad les digo que esta viuda pobre ha echado más que todos. Porque todos dieron de lo que les sobra; pero ella, de su pobreza, dio todo lo que tenía, todo su sustento”* (Marcos 12:43-44).

Este momento es una ventana al corazón de Dios. La generosidad no se mide por la cantidad, sino por la disposición. Lo que hace que un regalo sea valioso no es su tamaño, sino el amor y la fe que lo motivan.

La viuda no dio porque le sobraba, sino porque confiaba en que Dios era su provisión. Ella eligió abrir sus manos, aunque pareciera que no tenía nada.

Su generosidad fue un acto de fe, de entrega total, de decir: "Señor, todo es tuyo, y yo confío en ti".

Esta historia nos recuerda que la verdadera generosidad no espera reconocimiento, ni aplausos, ni seguridad. Es una expresión de confianza en Dios, de amor por los demás, y de una vida que sabe que, cuando damos, estamos participando en algo mucho más grande que nosotras mismas.

Tal vez hoy sientas que lo que puedes dar es poco: una palabra de aliento, un rato de tu tiempo, un gesto sencillo. Pero en las manos de Dios, hasta lo pequeño se multiplica. Y cuando vivimos así, estamos imitando a Aquel que se dio por completo, sin reservas, por amor a nosotras.

Por qué la generosidad debe ser nuestra marca

La generosidad no es solo una virtud admirable o un gesto ocasional. Es el reflejo visible del corazón de Dios. Cuando elegimos vivir generosamente, estamos mostrando que hemos comprendido que nada de lo que tenemos es realmente nuestro, que todo es un regalo de Dios, y que estamos llamadas a compartirlo.

Jesús mismo nos enseñó este principio con su vida. Él no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos (Marcos 10:45).

Su generosidad fue absoluta: entregó su tiempo, su energía, su compasión, su perdón, su vida. Y nos dejó un ejemplo para que sigamos sus pasos.

A veces, nos cuesta vivir con generosidad porque sentimos miedo: miedo de no tener suficiente, de ser aprovechadas, de que los demás no lo valoren. Pero la generosidad no nace de la abundancia de recursos, sino de la abundancia de fe. De creer que Dios proveerá, que Dios ve, y que Dios recompensa lo que hacemos por amor.

Cuando hacemos de la generosidad nuestra marca, dejamos de vivir desde la escasez y empezamos a vivir desde la confianza. Nos damos cuenta de que dar no nos empobrece, sino que nos enriquece espiritualmente. Porque al abrir nuestras manos, también abrimos nuestro corazón a Dios y a los demás.

El apóstol Pablo nos recuerda que: *“Cada uno dé como propuso en su corazón, no con tristeza ni por obligación, porque Dios ama al dador alegre”* (2 Corintios 9:7). La generosidad que Dios nos invita a vivir es alegre, espontánea, confiada. Una generosidad que no pone condiciones ni calcula recompensas.

Por eso, cuando damos –de nuestro tiempo, recursos, afecto, atención– no solo estamos ayudando a otros, sino que estamos proclamando con hechos a un Dios generoso, que nos ha dado todo en Jesús.

Aplicación personal: Vidas abiertas, manos generosas

Tal vez esta semana te diste cuenta de que la generosidad no siempre es natural. A veces surgen pensamientos como “¿y si me quedo sin?”, “¿para qué dar si nadie lo agradece?”, “¿y si los demás se aprovechan?”. Y es normal. Somos humanas, con temores y límites. Pero allí, en medio de esas preguntas, es donde la fe nos invita a dar un paso más.

Generosidad no significa vaciarse para complacer a todos, ni dar sin sabiduría. Significa abrir el corazón para que el amor de Dios fluya a través de nosotras, incluso en lo cotidiano. Puede ser compartir tiempo con alguien que lo necesita, ofrecer ayuda sin esperar nada a cambio, invitar a alguien a casa para compartir una comida sencilla.

Tal vez hay alguien en tu vida que necesita no solo palabras, sino un gesto concreto: preparar un café para esa amiga cansada, enviar un mensaje de ánimo, cuidar a los hijos de alguien que necesita un descanso. Incluso dentro de tu propia casa, la generosidad puede expresarse en cómo compartes paciencia, perdón, comprensión.

Jesús nos mostró que la generosidad no es solo dar cosas. Es dar atención, compañía, amor. Es estar presentes para otros, aunque tengamos ocupaciones.

Es elegir priorizar a las personas, aunque implique interrumpir nuestro ritmo.

Haz una pausa y pregúntate: ¿qué puedo ofrecer hoy? Tal vez no sea algo grande, pero lo que importa no es la magnitud, sino la disposición del corazón. Dios ve lo que das en secreto, lo que haces por amor, lo que eliges entregar aunque no tengas mucho.

Recordemos que nuestra generosidad es una respuesta a la generosidad de Dios, que nos dio a su Hijo y nos sigue dando cada día vida, gracia y amor abundante.

En la iglesia: Manos dispuestas, corazones generosos

La iglesia es mucho más que un lugar donde se cantan alabanzas y se escuchan enseñanzas. Es un cuerpo vivo donde cada miembro es importante, y donde cada uno tiene algo para aportar. En este espacio, la generosidad se vuelve tangible: en el tiempo que damos para servir, en los recursos que compartimos, en el apoyo que ofrecemos a quienes enfrentan dificultades.

Sin embargo, a veces podemos caer en la trampa de pensar que solo “los que tienen mucho” son los llamados a ser generosos. O que solo los que tienen un cargo visible deben ocuparse de los demás. Pero la verdad es que todas tenemos algo para dar, y cada

gesto de amor cuenta.

Ser generosas en la iglesia significa también estar atentas a las necesidades que no siempre se ven. La hermana que está pasando por un momento difícil y necesita ser escuchada. La mujer mayor que necesita ayuda con algo práctico. La joven que busca alguien que la anime y le dé dirección. La familia que necesita apoyo económico o emocional.

La generosidad dentro de la iglesia no se trata solo de ofrendar dinero –aunque eso es importante–, sino de vivir con un corazón abierto y dispuesto a dar de nosotras mismas. Es estar dispuestas a perdonar, a reconciliarnos, a compartir tiempo, a ofrecer ánimo. Es acercarnos a la que está sola, dar un abrazo a la que lo necesita, preparar un café para conversar, compartir un versículo que traiga esperanza.

Cuando vivimos así, la iglesia se convierte en una comunidad donde el amor de Cristo se hace visible. Donde cada persona se siente bienvenida y valorada. Donde el mensaje del evangelio no solo se predica desde el púlpito, sino que se vive en los gestos sencillos de cada día.

En la vida misional: Generosidad que transforma

A veces pensamos que para impactar el mundo debemos hacer grandes cosas: organizar eventos, donar grandes sumas, emprender proyectos enormes. Pero la vida misional no siempre requiere gestos espectaculares. A menudo, es la generosidad sencilla y cotidiana la que abre corazones al evangelio.

Piensa en la compañera de trabajo que está pasando por un momento difícil. Tal vez no espera que le prediques, sino que la escuches, la invites a tomar un café, le ofrezcas tu ayuda con una tarea. O el vecino que vive solo, que agradecería una visita inesperada o una comida compartida. O el desconocido que atiende en la tienda, que quizás nunca escucha palabras amables y un “gracias” con una sonrisa.

La generosidad misional es esa actitud que dice: “No tengo que esperar a que alguien me lo pida, puedo dar de lo que tengo aquí y ahora”. Puede ser un gesto pequeño: regalar un libro que ha bendecido tu vida, ofrecer llevar a alguien en tu coche, compartir una oración en silencio por alguien que te lo comentó en confianza.

Recordemos que Jesús no nos llamó solo a compartir palabras, sino a ser luz y sal, a vivir de manera que otros vean algo diferente en nosotras. Esa diferencia no siempre será notoria por nuestras habilidades, sino por

nuestra capacidad de dar amor, atención y tiempo, incluso cuando no sea conveniente.

Y lo más hermoso es que, aunque muchas veces lo que damos pueda parecer pequeño, en las manos de Dios se convierte en algo eterno. La semilla de generosidad que siembras hoy puede abrir la puerta para que alguien conozca a Jesús. No se trata de presionar, sino de amar con gestos que nacen de un corazón lleno del evangelio.

DÍA 1

“Den, y se les dará: se les volcará en el regazo una medida llena, apretada, sacudida y rebosante. Porque con la medida que midan a otros, se les medirá a ustedes” (Lucas 6:38).

Señor, ayúdame a dar con alegría y sin esperar nada a cambio. Haz que mi vida sea un reflejo de tu generosidad. Amén.

APUNTES:

DÍA 2

“Cada uno debe dar según lo que haya decidido en su corazón, no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama al que da con alegría” (2 Corintios 9:7).

Dios, enséñame a ser generosa desde el corazón, con gozo y libertad. Que mi dar sea una respuesta a tu amor. Amén.

APUNTES:

DÍA 3

“El alma generosa será prosperada, y el que sacie a otros será saciado” (Proverbios 11:25).

Espíritu Santo, llena mi corazón de generosidad.
Ayúdame a bendecir a otros con lo que tengo. Amén.

APUNTES:

DÍA 4

“No se olviden de hacer el bien y de compartir con otros, porque esos son los sacrificios que agradan a Dios” (Hebreos 13:16).

Señor, muéstrame hoy cómo puedo hacer el bien y compartir con los que me rodean. Que mis acciones reflejen tu corazón. Amén.

APUNTES:

DÍA 5

“Y si diera todo lo que poseo para dar de comer a los pobres, pero no tengo amor, de nada me sirve”

(1 Corintios 13:3).

Padre, que mi generosidad sea siempre motivada por el amor, y no por el deber. Haz que mis actos sean sinceros y llenos de tu gracia. Amén.

APUNTES:

DÍA 6

“Presten y no esperen nada a cambio. Así recibirán una gran recompensa, y serán hijos del Altísimo, porque él es bondadoso con los ingratos y malos” (Lucas 6:35).

Señor, ayúdame a dar sin esperar reconocimiento.
Hazme generosa como tú eres generoso. Amén.

APUNTES:

DÍA 7

“Hay más dicha en dar que en recibir” (Hechos 20:35).

Jesús, hazme comprender la alegría que hay en dar.
Llena mi corazón con tu gozo y generosidad. Amén.

APUNTES:

MOMENTO DE REPASO Y REFLEXIÓN GRUPAL

Vívelo con propósito

Esta semana, hemos caminado juntas reflexionando sobre la generosidad como marca distintiva de quienes seguimos a Jesús. Hemos visto que no se trata solo de dar cosas, sino de abrir el corazón, de compartir tiempo, palabras, gestos sencillos, de estar atentas a las necesidades de los demás.

Hemos recordado que Jesús mismo nos dio el ejemplo con su vida: Él se entregó por amor, sin reservas, y nos llama a imitarlo. La generosidad no nace de lo que nos sobra, sino de un corazón agradecido, que confía en que Dios proveerá siempre lo necesario.

En nuestras casas, trabajos, en la iglesia, o con quienes aún no conocen a Jesús, tenemos oportunidades para mostrar esta generosidad que no depende de lo que tenemos, sino de lo que somos en Cristo. Hemos aprendido que cada gesto, por pequeño que sea, puede reflejar el amor de Dios y sembrar esperanza.

Hoy nos reunimos para compartir cómo fue para nosotras esta semana vivir con generosidad: ¿qué descubrimos?, ¿qué desafíos tuvimos?, ¿qué alegrías encontramos? Juntas, vamos a animarnos a seguir creciendo en este valor que no solo transforma a otros, sino que también nos transforma a nosotras.

Preguntas para reflexionar y compartir en grupo

- ¿Qué has descubierto esta semana sobre la generosidad? ¿Hubo alguna experiencia o momento en que sentiste que estabas reflejando el corazón generoso de Jesús?
- ¿Qué desafíos encontraste al tratar de vivir con generosidad? ¿Hubo ocasiones en que fue difícil abrir tus manos y corazón?
- ¿Cómo podrías vivir esta generosidad en situaciones concretas en tu casa, trabajo, comunidad o iglesia?
- ¿Has notado algún cambio en ti misma al practicar la generosidad? ¿Cómo crees que Dios ha estado trabajando en tu corazón a través de esto?
- ¿Cómo podrías animar a otras mujeres a adoptar un estilo de vida más generoso, sin esperar recompensas?
- Para esta nueva semana, ¿qué gesto o acción concreta puedes planear para mostrar generosidad hacia alguien?



**LA EXCELENCIA ES
NUESTRO ESTILO**

LA EXCELENCIA ES NUESTRO ESTILO

Hacer las cosas bien, por amor y no por obligación

¿Te ha pasado que has dedicado tiempo y esfuerzo a algo, solo para que después nadie lo reconozca? Tal vez fue preparar una comida especial, decorar tu casa con cariño para recibir a alguien, quedarte hasta tarde planificando una actividad de la iglesia o haciendo tu trabajo con todo el esmero posible. Y cuando nadie lo nota, puede surgir la pregunta amarga: "¿Para qué tanto esfuerzo si nadie lo agradece?".

Pero la excelencia no se trata de impresionar a otros, de recibir elogios o de ser vistas como las mejores. La excelencia verdadera es un reflejo de a quién servimos. Cuando entendemos que todo lo que hacemos es para Dios, nuestro esfuerzo cobra un sentido profundo, mucho más allá de los ojos humanos. Aunque nadie más lo vea, Dios lo ve. Y lo que hacemos con amor, con cuidado, con intención, es un acto de adoración.

Jesús nos enseñó con su vida que la excelencia no es solo un tema de resultados, sino de corazón. Cuando multiplicó los panes y los peces, no solo los repartió a la multitud, sino que pidió a sus discípulos que recogieran los pedazos que sobraron para que nada se desperdiciara. Este pequeño detalle muestra que cada recurso cuenta, que cada gesto importa. Cuando sanó, lo hizo con compasión y atención, deteniéndose a mirar a los ojos, a tocar, a escuchar. Cuando lavó los pies de sus discípulos, lo hizo con humildad y entrega total, cuidando cada gesto, sin importar que era el Maestro.

La excelencia como estilo de vida no significa perfeccionismo o agotamiento. No es un llamado a la autoexigencia desmedida que nos deja vacías. No se trata de hacer todo sin errores, sino de hacerlo con un corazón que late por glorificar a Dios en cada detalle. Es vivir con propósito, con intención, sabiendo que incluso lo pequeño –un café servido con cariño, un saludo sincero, un trabajo bien hecho–, cuando se hace para Él, tiene un valor eterno.

Imagina que cada día, al levantarte, le dices a Dios: “Señor, hoy quiero vivir con excelencia para ti, no para los demás. Ayúdame a poner cuidado en mis palabras, en mi trabajo, en mi trato con otros. Que cada cosa, por pequeña que parezca, hable de tu amor y de tu gloria”. Esa es la esencia de la excelencia: vivir para honrarle a Él, con alegría y gratitud, en todo momento y en todo lugar.

Este capítulo nos invita a descubrir juntas cómo la excelencia no es un adorno externo, sino una actitud interior que transforma lo cotidiano en algo sagrado. Vamos a aprender de Jesús cómo se ve esta excelencia que no agota, sino que llena el corazón.

La historia de Jesús: El siervo fiel y el siervo negligente

Jesús, como un maestro que sabía cautivar los corazones, contó una parábola que no solo enseñaba, sino que también tocaba fibras profundas. La encontramos en Mateo 25:14-30, y aunque a veces la llamamos "la parábola de los talentos", también podríamos verla como la historia de dos caminos: el camino de la excelencia y el camino de la negligencia.

Imagínate la escena. Un hombre rico, al prepararse para un largo viaje, reúne a tres de sus siervos. Con confianza, les entrega distintas sumas de dinero: cinco talentos a uno, dos a otro, y uno al último. No se trataba solo de dinero; era una muestra de confianza. Cada talento equivalía a años de salario, un regalo enorme.

El primero y el segundo siervos sintieron el peso de la responsabilidad, pero también el deseo de honrar a su señor. Con creatividad, esfuerzo y dedicación, hicieron negocios, invirtieron y multiplicaron lo que se les había confiado.

Cuando el señor regresó, ellos no llegaron con excusas, sino con frutos. Imagínalos acercándose con una mezcla de nerviosismo y alegría, diciendo: "Señor, me diste cinco talentos, aquí están diez. Señor, me diste dos, aquí están cuatro".

El rostro del señor se iluminó. *"Bien, buen siervo y fiel. En lo poco fuiste fiel, sobre mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor"* (Mateo 25:21). Ese "entra en el gozo" era más que un reconocimiento; era una invitación a participar en la alegría de haber cumplido, de haber vivido con excelencia.

Pero el tercer siervo... ¿Qué le pasó? Tal vez sintió miedo. Tal vez pensó que su talento era poco y que no valía la pena esforzarse. Tal vez se paralizó por las comparaciones o por la idea de fracasar. Así que cavó un hoyo y escondió el talento. Cuando el señor regresó, no tuvo frutos que presentar. Solo excusas: "Señor, tuve miedo, así que escondí tu dinero".

El señor no se molestó porque hubiera ganado poco, sino porque no hizo nada con lo que se le confió. Le llamó siervo malo y negligente, no por su capacidad, sino por su falta de disposición. Porque no se trataba del tamaño del talento, sino de la fidelidad, del corazón dispuesto, de la excelencia en la acción.

Esta historia nos habla a cada una de nosotras. Dios nos ha dado talentos, dones, oportunidades,

incluso lo cotidiano de la vida: una familia, un trabajo, relaciones, tiempo, energía. ¿Qué hacemos con eso? ¿Lo escondemos por miedo, pereza o indiferencia? ¿O nos atrevemos a vivir con excelencia, confiando en que Él nos ha dado todo para honrarle?

Piensa: “Si hoy el Señor me preguntara: ‘¿Qué has hecho con lo que te di?’, ¿qué respondería?”. Que podamos, como los siervos fieles, decirle: “Aquí está, Señor. Lo usé para ti, lo hice con amor y dedicación. No fue perfecto, pero fue sincero”.

Por qué la excelencia debe ser nuestro estilo

Cuando hablamos de excelencia, es fácil que nuestra mente piense en estándares inalcanzables, en perfección absoluta, en logros impresionantes. Pero la excelencia que Dios nos muestra no es la de una carrera agotadora por ser las mejores, sino la de vivir cada día con intención, cuidado y amor.

La excelencia empieza por comprender que todo lo que somos y hacemos tiene un propósito mayor: glorificar a Dios. Desde las tareas más sencillas, como tender una cama, preparar una comida, escuchar a alguien con atención, hasta los compromisos grandes, como servir en un ministerio, liderar un equipo, o cuidar una familia. Todo puede hacerse con excelencia cuando lo hacemos para el Señor.

El apóstol Pablo nos lo recuerda: *“Y todo lo que hagan, háganlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres”* (Colosenses 3:23). Aquí está el corazón de la excelencia: hacer todo para Dios. No importa si otros lo reconocen, si el esfuerzo pasa desapercibido, o si los resultados no son tan brillantes. Lo que importa es que nuestro corazón lo haga con amor, gratitud y fidelidad.

A veces, nos cuesta mantener la excelencia porque nos sentimos cansadas, incomprendidas o desanimadas. Pero cuando recordamos que nuestro esfuerzo es una ofrenda a Dios, podemos seguir adelante con alegría. Podemos decir: *“Señor, esto lo hago por ti. Aunque sea pequeño, aunque nadie lo note, tú lo ves y eso basta”*.

La excelencia no es competir, sino vivir con un corazón dispuesto a dar lo mejor, no porque se nos exige, sino porque amamos a Aquel que nos amó primero. No se trata de hacerlo todo perfecto, sino de hacerlo con propósito, con cuidado, con amor.

Y así, nuestra vida se convierte en un testimonio silencioso pero poderoso de la presencia de Dios. Una vida que, a través de cada detalle, grande o pequeño, muestra al mundo que Jesús es digno de lo mejor de nosotras.

Aplicación personal: Detalles que reflejan a Dios

Quizá esta semana te has sentido atrapada en las tareas de siempre: preparar comidas, organizar la casa, cumplir con tu trabajo, atender a la familia. Y tal vez, en medio de ese ritmo, has pensado que lo que haces no tiene gran importancia. Pero aquí está el secreto: cada detalle, por pequeño que sea, puede ser una expresión del amor y la excelencia de Dios.

La forma en que sirves el desayuno, la paciencia con la que respondes a un hijo, la manera en que ordenas tu espacio, la sonrisa que ofreces al atender a alguien... todo eso puede ser hecho con excelencia. Y no por perfeccionismo, sino porque tu corazón está enfocado en honrar a Dios en lo cotidiano.

Tal vez pienses que nadie lo nota, pero Dios sí lo ve. Cada gesto de cuidado, cada acto de responsabilidad, cada elección de hacer lo correcto aunque sea difícil, es una manera de decir: "Señor, esto lo hago para ti".

Esta semana, te invito a detenerte y mirar los detalles:

- ¿Cómo podrías mostrar a Dios incluso en las tareas simples?
- ¿Qué gesto de cuidado puedes hacer por alguien, aunque no lo esperen?
- ¿Cómo podrías ser más intencional en tus palabras, en tu actitud, en tu manera de trabajar?

Recuerda: la excelencia no es lo que haces, sino cómo lo haces, y para quién lo haces. Y cuando vives así, cada día se convierte en un acto de adoración, y cada detalle refleja a Aquel que es digno de lo mejor.

En la iglesia: Un testimonio que inspira

La iglesia es un lugar donde cada persona tiene algo valioso que aportar, y donde la excelencia se convierte en un testimonio que inspira a otros. A veces pensamos que debemos hacerlo todo nosotras mismas para asegurarnos de que salga bien. Nos aferramos a tareas porque creemos que si no las hacemos, nadie más lo hará como queremos.

Pero la verdadera excelencia también sabe reconocer cuando otra persona puede hacerlo mejor. No es solo saber ceder, sino ceder acompañando y apoyando, para que esa persona pueda brillar aún más. Es tener la humildad para decir: "Yo lo he hecho con amor, pero creo que tú puedes llevarlo más lejos, hacerlo con más habilidad. Voy a estar a tu lado para ayudarte, para ofrecer mi experiencia, para orar contigo, para sostenerte si lo necesitas".

La excelencia en la iglesia no es un esfuerzo solitario, sino comunitario. Se vive cuando compartimos responsabilidades, cuando animamos a otros a dar lo mejor, cuando reconocemos que juntas podemos

reflejar el corazón de Dios con mayor fuerza que solas. Es cuando cada una aporta lo que tiene, pero también está dispuesta a soltar lo que otra puede hacer mejor, ofreciendo su apoyo y ánimo, que la comunidad crece y se fortalece.

Así, no solo damos testimonio de organización o calidad, sino de unidad, de gracia, de humildad. Porque cuando priorizamos a Dios y a los demás por encima de nuestro propio orgullo, y ofrecemos nuestra ayuda sin quedarnos con todo el control, eso sí que es excelencia en acción.

En la vida misional: Reflejando a Jesús en todo lo que hacemos

La excelencia no es solo para lo que hacemos dentro de la iglesia, sino también para cómo vivimos cada día fuera de ella. Es en los momentos comunes, en los lugares cotidianos, donde nuestro estilo de vida puede hablar más fuerte que cualquier palabra.

Tal vez en tu trabajo sientas que nadie valora tu esfuerzo, que tu jefe es injusto, o que tus compañeros son indiferentes. Quizá sientas que en tu comunidad, en la tienda o en el parque, lo que haces no tiene importancia. Pero ahí mismo es donde puedes reflejar a Jesús con tu forma de hacer las cosas. Cuando eliges trabajar con diligencia, aunque nadie lo vea.

Cuando saludas con amabilidad, aunque los demás no lo hagan. Cuando entregas un proyecto bien hecho, aunque sepas que otros se conformarán con lo mínimo.

La excelencia misional no significa buscar reconocimiento, sino mostrar quién es Cristo a través de nuestras acciones. Recuerda cómo Jesús fue a la cruz con amor, con entrega total, por ti. Así también nosotras podemos hacer nuestro trabajo y vivir cada momento con esa entrega, con ese cuidado que habla de quién es Él.

Incluso al compartir con personas que no conocen a Jesús, cuando preparamos algo para otros, cuando invitamos a alguien a casa, cuando nos ofrecemos para ayudar, podemos mostrar que hacemos las cosas con excelencia porque nuestro corazón late por Dios y por las personas. Y eso es lo que toca los corazones, mucho más que cualquier discurso.

¿Te has dado cuenta de que cuando alguien hace algo bien, con alegría, con dedicación, eso deja huella? Tú puedes ser esa persona. No por perfeccionismo, sino por amor. Por reflejar la luz de Cristo incluso en lo que parece insignificante.

DÍA 1

“Y todo lo que hagan, háganlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres” (Colosenses 3:23).

Señor, ayúdame a recordar que cada cosa que hago, grande o pequeña, es para ti. Que mi corazón lo haga con amor y excelencia. Amén.

APUNTES:

DÍA 2

“Se fiel en lo poco, y te pondré sobre mucho; entra en el gozo de tu Señor” (Mateo 25:21).

Padre, enséñame a ser fiel con lo que me has dado. Que lo use para tu gloria y con alegría. Amén.

APUNTES:

DÍA 3

“El alma del diligente será prosperada, y el que se apresura con ligereza, empobrecerá” (Proverbios 13:4).

Espíritu Santo, dame un corazón diligente, dispuesto a trabajar con cuidado y esmero, reflejando tu carácter. Amén.

APUNTES:

DÍA 4

“Haced todo sin murmuraciones y contiendas, para que seáis irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin culpa” (Filipenses 2:14-15).

Señor, que mi actitud sea limpia y mi servicio sea sin quejas. Ayúdame a vivir con gratitud y humildad. Amén.

APUNTES:

DÍA 5

“Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora” (Eclesiastés 3:1).

Dios, dame sabiduría para administrar bien mi tiempo y energía. Que pueda hacerlo con excelencia y paz. Amén.

APUNTES:

DÍA 6

“A Jehová presta el que da al pobre, y el bien que ha hecho, se lo volverá a pagar” (Proverbios 19:17).

Padre, ayúdame a ser generosa y a ver la excelencia también en el dar. Que mi corazón esté dispuesto para compartir. Amén.

APUNTES:

DÍA 7

“Honra a Jehová con tus bienes y con las primicias de todos tus frutos” (Proverbios 3:9).

Señor, quiero honrarte con lo que tengo y con lo que soy. Que mi vida entera sea una ofrenda de excelencia para ti. Amén.

APUNTES:

MOMENTO DE REPASO Y REFLEXIÓN GRUPAL

Vívelo con propósito

Esta semana, hemos reflexionado sobre cómo la excelencia no es solo hacer las cosas bien, sino hacerlas con el corazón puesto en Dios. Hemos aprendido que todo lo que hacemos –sea en casa, en el trabajo, en la iglesia o con quienes no conocen a Jesús– puede ser un acto de adoración cuando se hace con amor y cuidado.

Recordamos que la excelencia no busca reconocimiento humano, sino que es una forma de honrar a Dios con lo que somos y tenemos. Incluso cuando cedemos responsabilidades a alguien más capaz, podemos acompañar y apoyar para que ese servicio sea aún mejor. Porque la excelencia no es solo personal, sino comunitaria y misional.

Hoy nos reunimos para compartir cómo esta verdad tocó nuestras vidas: ¿qué descubrimos?, ¿qué desafíos enfrentamos?, ¿qué alegrías encontramos al hacer las cosas para Dios? Juntas, vamos a animarnos a seguir creciendo en este estilo de vida que transforma lo común en algo sagrado.

Preguntas para reflexionar y compartir en grupo

- ¿En qué momentos esta semana te diste cuenta de que podías hacer algo con excelencia, aunque no fuera fácil?
- ¿Qué experiencia tuviste al ceder una responsabilidad y apoyar para que alguien más pudiera brillar?
- ¿Cómo puedes vivir la excelencia en lo cotidiano, sin caer en perfeccionismo?
- ¿Qué ejemplo de Jesús o de alguien cercano te inspiró a hacer las cosas bien por amor a Dios?
- ¿Qué cambios podrías hacer esta semana para que tu actitud y tus acciones reflejen el corazón de Dios?
- ¿Cómo podrías animar a otras mujeres a buscar la excelencia, no para competir, sino para glorificar a Dios?
- Esta semana, ¿qué acción concreta vas a tomar para vivir con excelencia, tanto en lo personal como en lo comunitario?



**EL SERVICIO ES
NUESTRA PASIÓN**

EL SERVICIO ES NUESTRA PASIÓN

Servir más allá de lo esperado

Quizá alguna vez te has sentido como un plato que rebalsa: con tantas cosas que hacer, tantas demandas, tantas responsabilidades, que ya no sabes por dónde empezar. Tal vez has tenido días en que tu agenda es como una carrera de obstáculos: preparar comidas, atender a tu familia, servir en la iglesia, resolver un problema de trabajo, escuchar a una amiga. Y llega un momento en que, exhausta, te preguntas: “¿Por qué tengo que hacerlo todo yo? ¿Y quién se preocupa por mí?”.

Es natural sentirse así. Somos humanas. A veces, el corazón se cansa, las fuerzas flaquean y la pasión se enfría. Pero aquí es donde el mensaje de Jesús entra como un bálsamo para el alma cansada. Él nos recuerda que servir no es una carga pesada ni una obligación que agota. Es un regalo, una forma de vivir que nos conecta con su corazón.

Jesús, el Hijo de Dios, no vino a ser servido. No vino con coronas, ni con tronos, ni rodeado de aplausos. Vino con una toalla atada a la cintura, con manos dispuestas a lavar pies, con un corazón que se inclinó ante los más pequeños, con una vida que se entregó por amor. *“Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”* (Marcos 10:45).

El servicio que Él nos enseña no es el que busca quedar bien, ni el que se hace solo cuando tenemos tiempo o ganas. Es un servicio que brota de un corazón agradecido, un corazón que recuerda: “Yo fui amada primero, por eso amo; yo fui servida primero, por eso sirvo”. Es un servicio que se hace pequeño para engrandecer a otros, que se arrodilla para lavar los pies cansados de quienes nos rodean, que entrega tiempo, palabras, gestos, sin esperar nada a cambio.

La pasión por servir no nace de la obligación, sino de la gratitud. De contemplar a Jesús y ver cómo se inclinó ante nosotras primero, cómo lavó nuestras heridas, cómo nos abrazó con su gracia. Y cuando recordamos eso, el servicio deja de ser una lista de tareas y se convierte en una forma de vida, en una respuesta de amor, en una alegría contagiosa.

Este capítulo es una invitación a descubrir juntas cómo el servicio no solo transforma a otros, sino que también nos transforma a nosotras.

Cómo nos conecta con el corazón de Dios y nos hace vivir como mujeres que son manos, pies y voz de Jesús en un mundo que lo necesita desesperadamente.

La historia de Jesús: El lavatorio de los pies

La noche antes de su muerte, Jesús hizo algo que dejó a sus discípulos, y a nosotras hoy, profundamente impactadas. Habían compartido la cena, y mientras todos esperaban quizás una enseñanza final o una oración solemne, Jesús se levantó, tomó una toalla y se la ciñó a la cintura.

Imagínate el asombro. El Maestro, el que había hecho milagros, el que enseñaba con autoridad, se inclinó frente a cada uno, tomó un lebrillo y comenzó a lavar sus pies sucios, polvorientos, marcados por los caminos recorridos.

Pedro, atónito, se resistió: *“Señor, ¿tú lavarme los pies a mí?”*. Pero Jesús le respondió con una ternura firme: *“Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora, pero lo entenderás después”* (Juan 13:7).

Este gesto no era solo una muestra de humildad. Era una lección viva, una predicación hecha con las manos. En ese momento, Jesús nos estaba mostrando que el verdadero liderazgo, la verdadera grandeza, no están en ser servidos, sino en servir.

Que el amor se arrodilla, que la gracia se inclina, que el evangelio se vive con acciones, no solo con palabras.

Después de lavarles los pies, Jesús les dijo: *“¿Entendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado”* (Juan 13:12-15).

Piensa por un momento en lo que eso significa. Jesús, sabiendo que iba a ser traicionado, que le esperaba la cruz, que sus discípulos aún no entendían completamente su misión, eligió inclinarse y servir. Eligió decir: “Esto es el corazón del evangelio: amar con gestos concretos, con actos que sanan, con humildad que transforma”.

¿Y nosotras? ¿Estamos dispuestas a arrodillarnos para servir? ¿A lavar los “pies polvorientos” de quienes nos rodean, incluso cuando estamos cansadas, cuando otros no lo notan, cuando nadie nos aplaude? Esta historia nos invita a dejar de lado nuestras excusas, nuestro orgullo, y recordar que servir no nos hace menos, sino que nos hace más como Jesús.

Por qué el servicio debe ser nuestra pasión

El servicio no es solo una acción, es una declaración. Cada vez que servimos, decimos al mundo que creemos en un Reino diferente. Un Reino donde la grandeza no se mide por cuántos nos sirven, sino por cuántos servimos nosotras.

Jesús nos mostró que el servicio es el corazón del evangelio. Lo vemos en cada historia de los evangelios: cuando detuvo su camino para sanar a un ciego, cuando alimentó a una multitud hambrienta, cuando abrazó a niños y leprosos, cuando compartió la mesa con pecadores. No hizo todas esas cosas porque estaba obligado, sino porque su corazón latía con amor por los demás.

A veces pensamos que servir es solo para los que tienen tiempo o talentos especiales. Pero Dios nos llama a todas. No importa si tenemos mucho o poco, si somos jóvenes o mayores, si tenemos experiencia o no. Lo que importa es la disposición del corazón: "Aquí estoy, Señor. Usa mis manos, mis palabras, mi vida".

El apóstol Pedro lo dice de forma clara: *"Cada uno, según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios"* (1 Pedro 4:10). No es una opción, es un llamado. Es una pasión que nace cuando entendemos cuánto hemos sido servidas y amadas por Jesús.

Y esta pasión se enciende cada vez que recordamos que servir no es una carga, sino un privilegio. Es una forma de decirle a Dios: “Gracias por lo que has hecho por mí. Ahora quiero ser tus manos y pies en mi hogar, en mi iglesia, en mi comunidad”.

Cuando el servicio es nuestra pasión, no nos agotamos buscando reconocimiento, sino que nos llenamos de gozo al ver cómo Dios usa nuestros pequeños gestos para tocar corazones. Porque al final, no se trata de nosotras, sino de Aquel que nos llamó a servir.

Aplicación personal: Pequeños gestos, grandes impactos

Quizá al pensar en el servicio, tu mente imagina escenarios heroicos: personas que viajan a tierras lejanas, que predicán a multitudes, que entregan todo por causas enormes. Pero la verdad es que el servicio más transformador empieza en lo pequeño, en lo cotidiano, en los detalles que parecen insignificantes.

¿Has notado cómo un vaso de agua ofrecido con cariño puede aliviar el cansancio? ¿Cómo una palabra de aliento puede iluminar el día de alguien? ¿Cómo una llamada inesperada puede hacer que alguien se sienta visto, valorado, amado?

La excelencia en el servicio no se mide por la magnitud,

sino por el amor con que se hace.

Es esa mamá que, aunque agotada, prepara con esmero el desayuno para su familia. Es esa mujer que, en medio de sus propias luchas, decide acompañar a una amiga a una cita médica. Es esa líder que, aunque tiene mucho que hacer, se detiene para escuchar a una joven que necesita consejo.

Tal vez esta semana puedas ser tú quien decida:

- Escuchar sin mirar el reloj, aunque tengas mil cosas por hacer.
- Preparar una comida especial, no por obligación, sino por amor.
- Escribir una nota, un mensaje de ánimo, que diga: "Estoy orando por ti, cuenta conmigo".
- Orar en silencio por alguien que sabes que está pasando por un momento difícil, aunque no lo diga.

Porque cada pequeño gesto tiene el poder de sembrar esperanza, de encender la luz del amor de Dios en un corazón cansado. No subestimes el impacto de un detalle hecho con amor. No digas: "Es muy poco", porque en las manos de Dios, lo pequeño se multiplica, lo simple se convierte en un milagro.

Y, al final del día, cuando cierres los ojos, podrás decir: "Señor, hoy te serví en lo pequeño, pero con todo mi corazón.

Gracias por usarme, por mostrarme que el servicio no se trata de grandeza, sino de amor”.

En la iglesia: Un servicio que une

La iglesia no es solo un lugar donde vamos los domingos a escuchar un mensaje o cantar canciones. Es un taller donde Dios nos moldea, una familia donde aprendemos a amarnos de manera práctica, y un campo de entrenamiento donde crecemos en fe y carácter. Y todo esto sucede, sobre todo, cuando servimos.

Servir en la iglesia no es un añadido opcional; es esencial para nuestro desarrollo personal y espiritual. Cada vez que decimos: “Sí, aquí estoy para ayudar”, estamos diciendo también: “Sí, Señor, transfórmame”. Porque el servicio nos desafía, nos enseña a trabajar en equipo, nos muestra nuestras fortalezas y debilidades, y nos hace depender de Dios.

Quizá has notado que cuando te involucras –ya sea preparando una reunión, enseñando a los niños, organizando una actividad, o incluso recogiendo lo que quedó después–, algo pasa en tu corazón. Sientes que formas parte de algo más grande, que tu fe se hace real, que lo que aprendes en la Palabra se transforma en acción.

Además, el servicio nos permite descubrir y desarrollar los dones que Dios ha puesto en nosotras. Tal vez al principio no te sientas capaz, pero en el camino, mientras sirves, Dios te sorprende dándote habilidades, creatividad, sabiduría y compasión que no sabías que tenías. Es en el servicio donde descubres que puedes liderar, enseñar, animar, consolar, crear, inspirar.

Y no solo eso: servir en la iglesia fortalece nuestras relaciones. Al trabajar juntas por una causa común – glorificar a Dios y bendecir a otros–, se crean lazos de amistad, confianza y apoyo mutuo. Descubrimos que no estamos solas, que somos parte de un cuerpo donde cada una es importante y necesaria.

Así que, cuando pienses en servir, no lo veas como una tarea pesada o una obligación. Míralo como una oportunidad para crecer, para florecer, para fortalecer tu fe, para conocer más a Dios y para ser parte activa de su obra. Porque al final del día, no solo estarás ayudando a otros, sino que tú misma serás edificada, fortalecida, transformada.

En la vida misional: Servir con propósito donde estemos

El servicio no termina en las paredes de la iglesia. De hecho, el lugar donde más necesitamos reflejar a Cristo es fuera, en los espacios cotidianos donde se desarrolla nuestra vida. Allí, entre el bullicio del trabajo, las compras en el mercado, las conversaciones con vecinos, es donde se teje un testimonio que impacta.

Servir con propósito significa estar atentas a las oportunidades que Dios nos da en lo común y corriente. Es ofrecer una sonrisa sincera al cajero que atiende con cansancio, es ayudar a una compañera de trabajo que está sobrepasada de tareas, es llevar una sopa caliente a la vecina enferma, o simplemente ser esa amiga que escucha sin juzgar.

A veces, pensamos que para impactar a otros necesitamos predicarles, citar versículos, organizar eventos evangelísticos. Pero la verdad es que nuestros actos de servicio hablan incluso cuando nuestras palabras no lo hacen. Una vida que sirve con amor y excelencia es una carta abierta que muestra a Jesús.

Recuerda cómo Jesús sirvió a personas que estaban fuera de su círculo: sanó a la mujer encorvada en la sinagoga, detuvo su camino para atender a Bartimeo, compartió tiempo con la samaritana.

Cada acto de servicio fue una puerta que se abrió para que esas personas lo conocieran y experimentaran su amor.

Tú también puedes ser esa puerta. No necesitas esperar a que alguien te lo pida o a que tengas un cargo especial. Solo necesitas un corazón dispuesto a decir: "Señor, úsame hoy. Hazme atenta a las necesidades de los demás. Que mi vida sea un reflejo de tu servicio".

DÍA 1

“El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Marcos 10:45).

Señor Jesús, ayúdame a recordar tu ejemplo. Haz que mi corazón se llene de gratitud y que cada día pueda servir a otros como Tú me serviste primero. Amén.

APUNTES:

DÍA 2

“Cada uno, según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios” (1 Pedro 4:10).

Padre, muéstrame los dones que has puesto en mí y enséñame a usarlos para servir con amor y fidelidad. Que cada acción refleje tu gracia. Amén.

APUNTES:

DÍA 3

“Llevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo” (Gálatas 6:2).

Señor, dame un corazón sensible para ayudar a quienes están cargados. Que pueda compartir sus cargas y mostrar tu amor. Amén.

APUNTES:

DÍA 4

“Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”
(Efesios 2:10).

Dios, gracias por recordarme que me creaste con propósito. Ayúdame a descubrir las buenas obras que has preparado para mí y a caminar en ellas. Amén.

APUNTES:

DÍA 5

“Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16).

Jesús, que mi vida sea una luz que brille con tus obras. Ayúdame a vivir de manera que otros vean tu amor y tu bondad a través de mí. Amén.

APUNTES:

DÍA 6

“No se olviden de hacer el bien y de compartir con otros, porque esos son los sacrificios que agradan a Dios” (Hebreos 13:16).

Señor, ayúdame a recordar cada día que hacer el bien y compartir son sacrificios agradables para ti. Que mi vida sea una ofrenda de servicio. Amén.

APUNTES:

DÍA 7

“Si alguno quiere ser el primero, será el último de todos y el servidor de todos” (Marcos 9:35).

Jesús, dame un corazón humilde para buscar ser servidora antes que ser servida. Enséñame a amar como Tú amas. Amén.

APUNTES:

MOMENTO DE REPASO Y REFLEXIÓN GRUPAL

Vívelo con propósito

Esta semana, hemos caminado juntas reflexionando sobre cómo el servicio no es solo un acto externo, sino una expresión viva del evangelio. Hemos aprendido que servir va mucho más allá de cumplir con tareas: es vivir con el corazón dispuesto, con manos abiertas, con un amor que se traduce en acción.

Hemos visto que Jesús nos enseñó con su vida que la verdadera grandeza no está en ser servidas, sino en servir. Que cada pequeño gesto –una sonrisa, un café compartido, una ayuda silenciosa– es una forma de decirle a Dios: “Aquí estoy, Señor. Hoy quiero ser tus manos y tus pies”.

También reflexionamos sobre cómo el servicio es indispensable para nuestro crecimiento personal y espiritual. Es en el servicio donde aprendemos paciencia, humildad, colaboración. Es allí donde descubrimos nuestros dones y experimentamos la alegría de dar sin esperar recompensa.

Y, además, recordamos que el servicio no se queda dentro de las paredes de la iglesia. Se extiende a nuestro vecindario, nuestro trabajo, nuestra comunidad. Es allí donde mostramos a Jesús, no solo con palabras, sino con acciones que reflejan su amor y gracia.

Hoy nos reunimos para compartir lo que hemos vivido esta semana. ¿Qué descubrimos sobre nosotras mismas? ¿Qué nos enseñó Dios? ¿Qué nuevas oportunidades vimos para servir? Vamos a animarnos unas a otras a seguir caminando en esta pasión por servir, no por obligación, sino por amor.

Preguntas para reflexionar y compartir en grupo

- ¿Qué aprendiste esta semana sobre el servicio? ¿Qué nuevo descubriste en tu forma de amar a los demás?
- ¿En qué momento sentiste la alegría de servir, aunque fuera en algo pequeño?
- ¿Qué desafíos encontraste al intentar servir con amor y paciencia? ¿Cómo los superaste?
- ¿Cómo crees que el servicio ha contribuido a tu crecimiento personal y espiritual?
- ¿Cómo puedes mostrar el amor de Jesús a través del servicio en tu comunidad, trabajo o familia?
- Esta semana, ¿qué acción concreta vas a planear para servir con propósito y alegría?



**LA GRACIA ES
NUESTRA RESPUESTA**

LA GRACIA ES NUESTRA RESPUESTA

Cuando la gracia cambia el guión

Quizá alguna vez te has encontrado en medio de una herida inesperada. Puede que haya sido una palabra que dolió más de lo que debería, un gesto que te dejó helada, o una traición que hizo que te sintieras pequeña y sola. En esos momentos, el corazón reacciona como un resorte: quiere defenderse, alejarse, devolver el golpe. Y es ahí donde el Señor nos invita a algo radical, casi escandaloso para nuestra mente: responder con gracia.

La gracia no es algo que brota de manera natural. Nuestra carne nos pide justicia, que la balanza se equilibre, que quien nos hizo daño lo pague. Pero la gracia es ese regalo imposible, ese amor inmerecido que Jesús derramó sobre nosotras, y que, cuando lo entendemos, empieza a reescribir el guion de nuestra vida.

Imagina por un momento el instante en que te diste cuenta de cuánto necesitabas el perdón de Dios, de cuánto habías fallado, y de cómo, a pesar de eso, Él te abrazó con brazos abiertos, sin condiciones. Ese momento fue un antes y un después. De repente, el corazón, endurecido por el dolor y la autodefensa, se ablanda. Empieza a comprender que si Dios pudo amar a alguien como tú, tú también puedes aprender a amar, perdonar, abrazar, soltar.

Este capítulo es una invitación a dejar de vivir con las manos apretadas por el rencor y abrirlas para recibir y dar gracia. La gracia no es un concepto abstracto, es una respuesta viva, real, concreta, que transforma no solo nuestra relación con Dios, sino también nuestra manera de vernos a nosotras mismas y de tratar a los demás.

Vamos a sumergirnos en cómo Jesús nos enseñó esta lección con su vida, cómo podemos aplicarla en nuestras relaciones cotidianas y cómo la gracia no solo sana heridas, sino que nos hace nuevas.

La historia de Jesús: La mujer sorprendida en adulterio

La escena es tensa, casi se puede sentir el aire cargado de juicio. Imagina a esa mujer, arrastrada a la plaza, con el rostro enrojecido, la respiración entrecortada y las miradas de desprecio clavadas en su piel. Sus manos tiemblan mientras intenta cubrirse, como si pudiera borrar su vergüenza. Un grupo de hombres, airados, la rodea con piedras en las manos y corazones duros como el suelo sobre el que está postrada.

“¡Maestro!”, gritan con tono acusador. “Esta mujer fue sorprendida en el acto mismo de adulterio. La ley de Moisés dice que debemos apedrearla. ¿Tú qué dices?” (Juan 8:4-5). Esperan que Jesús les dé el visto bueno para acabar con su vida, para saciar su sed de justicia legalista.

Jesús, sin levantar la voz, se agacha. Con el dedo comienza a escribir en el polvo. ¿Qué escribía? La Biblia no lo dice, pero tal vez eran palabras de perdón, nombres de aquellos hombres, recordatorios de sus propias faltas. El silencio se vuelve incómodo. La mujer contiene el aliento. ¿Dirá Jesús que la maten?

Ellos insisten, apretando con más fuerza. Finalmente, Jesús se incorpora y con voz firme y serena les dice: *“Aquel de ustedes que esté sin pecado, que sea el primero en arrojar la piedra”* (Juan 8:7).

Un silencio aún más denso los envuelve. Los hombres miran a Jesús, luego a la mujer, luego a las piedras en sus manos. Una a una, las sueltan al suelo. El sonido de las piedras cayendo resuena como una música de liberación. Sus pasos se alejan, dejando a la mujer sola con Jesús.

Él, el único que podía juzgarla con justicia, se inclina, la mira a los ojos y le dice con una ternura desarmante: *“Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?”* (Juan 8:10). Ella, temblorosa, con lágrimas en los ojos, responde: *“Ninguno, Señor”*. Y Jesús le dice: *“Tampoco yo te condeno. Vete y no peques más”* (Juan 8:11).

¿Puedes sentir la carga que se desprende de sus hombros? ¿Puedes imaginar el temblor en sus rodillas, el suspiro de alivio, la mezcla de incredulidad y gratitud? Esa mujer llegó a los pies de Jesús esperando juicio, pero encontró gracia. No porque lo mereciera, sino porque el amor de Dios no se basa en méritos, sino en su corazón redentor.

Y esta historia no es solo para ella. Es para ti. Tal vez te has sentido atrapada por tus errores, condenada por tus pensamientos, expuesta ante tus propios juicios. Tal vez sientes que las piedras del pasado siguen cayendo sobre tu alma. Jesús te mira con los mismos ojos que miraron a esa mujer y te dice: *“Tampoco yo te condeno. Vete, vive libre, vive para mí”*.

La gracia no justifica el pecado, pero lo cubre. No niega el error, pero ofrece un nuevo comienzo. Es un abrazo que limpia, que levanta, que transforma. Esta es la respuesta de Jesús para ti, para mí, para todas: la gracia que no espera perfección, sino un corazón dispuesto a ser amado y renovado.

Por qué la gracia debe ser nuestra respuesta

La gracia no es una opción elegante para cuando nos sentimos bien, sino el latido mismo del corazón cristiano. Es lo que hemos recibido de Dios: un amor inmerecido, un perdón que no pedimos, una misericordia que nos alcanzó cuando éramos incapaces de cambiar por nosotras mismas. Y ese amor recibido no puede quedarse guardado en el corazón. Tiene que salir, tiene que desbordar.

Cuando elegimos responder con gracia –en lugar de con resentimiento, con crítica, con juicio–, estamos reflejando a Jesús. Estamos diciendo: “Señor, me cuesta, pero quiero amar como Tú me has amado”. Y eso, aunque parezca pequeño, es revolucionario.

Piensa en cómo sería tu vida si en lugar de reaccionar con enojo o defensa, respondieras con una sonrisa, con un silencio pacífico, con una palabra que bendice. Imagina el cambio en tus relaciones, en tu casa, en tu trabajo, si en lugar de llevar la cuenta de los errores de

los demás, recordaras la paciencia que Dios tiene contigo cada día.

El apóstol Pablo nos lo recuerda con fuerza: *“Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros”* (Colosenses 3:13). Esta es la esencia de la gracia: perdonar como hemos sido perdonados, amar como hemos sido amados, abrazar como hemos sido abrazados.

Y no se trata de fingir que todo está bien. La gracia no es amnesia, ni ingenuidad. Es elegir el camino más difícil y más bello: extender el amor de Dios incluso cuando no es correspondido. Es mirar a los demás con los ojos de Cristo y decir: “No sé lo que tú llevas por dentro, pero yo sé lo que Dios ha hecho por mí, y quiero reflejar ese amor”.

Responder con gracia no es ser débil; es ser fuerte en el amor. Es transformar un ambiente, una relación, una conversación, con la fuerza que solo el evangelio puede dar. Es convertir lo que podría ser una discusión en una oportunidad para sembrar paz.

Y en ese proceso, tú también eres transformada. Tu corazón se hace más suave, tu mente más abierta, tus manos más generosas. Porque la gracia no solo cambia al otro; primero te cambia a ti.

Y aquí está la clave: todo esto es posible porque nosotras mismas fuimos alcanzadas por la gracia. No nos acercamos a Dios con manos llenas de méritos, sino con el corazón vacío, confiadas en que es por gracia que podemos entrar ante el trono del Padre. Por lo que Cristo hizo, no por lo que hemos hecho.

Y así, porque hemos recibido, damos. Porque fuimos abrazadas por la gracia, extendemos ese abrazo. Porque fuimos perdonadas, perdonamos. Porque la gracia de Dios es un regalo que transforma, nos convertimos en portadoras de ese regalo para otros.

Aplicación personal: Elegir la gracia cada día

Quizá pienses que vivir con gracia es una meta lejana, algo casi inalcanzable, reservado para las “santas” o para mujeres extraordinarias. Pero la realidad es que la gracia se elige cada día, en los detalles más pequeños.

Elegir la gracia es decidir no responder con la misma moneda cuando alguien te habla con rudeza. Es detener la lengua antes de soltar un comentario hiriente. Es dejar pasar una pequeña ofensa, no porque no duela, sino porque sabes cuánto Dios te ha perdonado a ti.

Imagina una mañana cualquiera: estás preparando el desayuno, alguien en casa está de mal humor y lanza

una queja. Tienes dos opciones: reaccionar con irritación o respirar profundo y elegir la gracia. Una sonrisa, una palabra suave, un silencio que evita que el mal humor se propague. Esa es gracia en acción.

O piensa en un día difícil en el trabajo, donde sientes que no reconocen tu esfuerzo. La tentación es retraerte, ser indiferente, pero la gracia te invita a seguir dando lo mejor de ti, no por ellos, sino por el Señor.

La gracia también se elige con nosotras mismas. Cuántas veces nos juzgamos con dureza, nos llenamos de culpa por no haber sido “suficientemente buenas”, “suficientemente pacientes”, “suficientemente todo”. Dios te llama a mirarte con sus ojos, con amor, con paciencia, con esperanza. A decirte: “Soy obra en proceso, pero soy amada tal como soy”.

Esta semana, pregúntate:

- ¿En qué pequeñas situaciones puedo elegir la gracia en lugar de la reacción?
- ¿Cómo puedo mostrar gracia a mi familia, a mis amigas, a mis compañeras de trabajo?
- ¿Y cómo puedo hablarme a mí misma con la gracia que Dios me habla?

Recuerda: la gracia no es un sentimiento, es una decisión. Una elección que transforma, que siembra paz, que abre puertas al amor de Dios.

En la iglesia: Un ambiente de gracia

La iglesia está llamada a ser un reflejo del corazón de Dios. Pero ¿cuántas veces nos encontramos en espacios donde las críticas, los chismes o los juicios parecen ser más fuertes que el amor? Donde, en lugar de un ambiente de gracia, se respira tensión, expectativas imposibles, o competencia.

Aquí es donde tú puedes marcar la diferencia. La gracia no empieza con programas, empieza con personas. Y empieza contigo. Con cada conversación, con cada gesto, con cada palabra, puedes ser un canal de gracia.

Imagina llegar a una reunión donde notas que alguien está aislado, tal vez por sentirse inseguro o diferente. Puedes acercarte, sonreír, sentarte a su lado, hacerle sentir bienvenida. Ese simple acto es un puente que comunica: "Aquí eres amada, aquí hay espacio para ti".

Pero la gracia va más allá de recibir bien a quien llega. Se trata también de cómo tratamos a los pastores y líderes que toman decisiones o hacen las cosas de manera distinta a como creemos que deberían hacerse. A veces es más fácil criticar desde la

comodidad del banco, sin darnos cuenta de lo que implica liderar, de las cargas que otros llevan. La gracia nos invita a orar, a apoyar, a edificar, a acercarnos con humildad en lugar de murmurar.

Y también está el tema de los hermanos que han fallado. Es tan fácil juzgar, señalar, hablar a espaldas. Pero la iglesia no es un museo de santos impecables, es un hospital para pecadores rotos, necesitados de sanidad y restauración. Todos necesitamos gracia. Tú, yo, el hermano que cayó, la hermana que lucha, el líder que comete errores. Nadie queda fuera de la necesidad del perdón y la restauración de Dios.

Imagínate una iglesia donde, en lugar de poner etiquetas a quien tropieza, se le tiende la mano y se le dice: "No estás sola. Aquí estamos para caminar contigo, para ayudarte a levantarte". Donde las puertas no se cierran con condena, sino que se abren con amor y esperanza.

La gracia en la iglesia no significa ignorar el pecado, sino tratarlo con verdad y amor, con el compromiso de restaurar y levantar, nunca de hundir. Porque todas somos pecadoras necesitadas de la misma gracia que nos ha alcanzado.

Así, juntas, podemos crear un ambiente donde cada mujer sienta que no tiene que esconder sus luchas, donde cada historia, incluso la más rota, tiene un lugar

para ser sanada. Donde la excelencia no está en hacerlo todo perfecto, sino en amar con un amor que no pone condiciones y que refleja el corazón del Padre.

En la vida misional: Gracia que rompe barreras

La gracia no está diseñada para quedarse entre las cuatro paredes de la iglesia; su verdadero poder se muestra cuando se extiende más allá, cuando llega a los lugares comunes donde interactuamos con personas que no conocen a Jesús.

Imagina a esa compañera de trabajo que siempre parece de mal humor, o a ese vecino que nunca devuelve el saludo. Es fácil reaccionar con indiferencia, pero la gracia te invita a romper esas barreras, a extender un gesto inesperado: un saludo amable, una palabra de aliento, una muestra de interés genuino. Porque la gracia no espera que el otro cambie primero; da el primer paso.

A veces, creemos que para acercar a otros a Cristo necesitamos decirles lo que están haciendo mal, como si una lista de correcciones pudiera transformar un corazón. Pero la verdad es que nadie cambia solo porque se le señalan sus fallas. La transformación genuina ocurre cuando alguien experimenta el amor inmerecido de Dios, cuando alguien es tratado con paciencia, comprensión y ternura.

Recuerda cómo Jesús trató a Zaqueo: lo vio subido al árbol, lo llamó por su nombre y decidió cenar en su casa, antes de que él hubiera hecho ningún cambio. La gracia llegó primero, y fue esa gracia la que tocó el corazón de Zaqueo y lo llevó al arrepentimiento (Lucas 19).

Piensa en cómo puedes vivir esta semana:

- Escuchar con atención a alguien que nadie quiere escuchar.
- Mostrar paciencia con quien actúa de manera difícil.
- Servir sin esperar reconocimiento, incluso cuando el otro no parece merecerlo.

La gracia rompe barreras porque es más fuerte que el juicio. Es el lenguaje que el corazón herido entiende, el puente que lleva del rechazo a la esperanza. Tú puedes ser ese puente. No necesitas un discurso preparado ni una invitación formal a la iglesia. Solo un corazón dispuesto a amar como Jesús ama.

DÍA 1

“Pero Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

Señor, gracias por amarme aun cuando no lo merezco. Ayúdame a recordar tu gracia cada día y a extenderla a los demás. Amén.

APUNTES:

DÍA 2

“Soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros” (Colosenses 3:13).

Padre, dame un corazón dispuesto a perdonar como Tú me has perdonado. Enséñame a amar incluso cuando es difícil. Amén.

APUNTES:

DÍA 3

“El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella” (Juan 8:7).

Jesús, ayúdame a soltar las piedras del juicio. Que pueda mirarme a mí misma y a los demás con tu gracia y misericordia. Amén.

APUNTES:

DÍA 4

“Y sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4:32).

Señor, enséñame a ser compasiva y misericordiosa. Ayúdame a perdonar y a mostrar bondad como Tú lo haces conmigo. Amén.

APUNTES:

DÍA 5

“El amor cubre multitud de pecados” (1 Pedro 4:8).

Dios, que mi amor sea más fuerte que mis heridas. Que pueda perdonar y cubrir con gracia a quienes me han fallado. Amén.

APUNTES:

DÍA 6

“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”

(Efesios 2:8).

Padre, gracias por tu gracia inmerecida. Ayúdame a recibirla con humildad y a compartirla con los demás. Amén.

APUNTES:

DÍA 7

“Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16).

Señor, quiero acercarme a ti cada día, confiando en tu gracia y misericordia. Ayúdame a ser un reflejo de tu amor en mi entorno. Amén.

APUNTES:

MOMENTO DE REPASO Y REFLEXIÓN GRUPAL

Vívelo con propósito

Esta semana hemos descubierto que la gracia no es solo algo que recibimos, sino algo que vivimos. Hemos aprendido que la gracia es nuestra respuesta ante el pecado, las heridas, las diferencias, y también ante nosotras mismas. La gracia rompe cadenas, construye puentes, transforma relaciones.

Recordamos que la iglesia es un hospital para pecadores, donde cada una es bienvenida, donde se extiende la mano en lugar de señalar con el dedo, donde se habla de amor más que de condena. Y que fuera de la iglesia, la gracia se convierte en un testimonio vivo, que toca corazones y muestra a Jesús.

Hoy, al reunirnos, vamos a reflexionar juntas: ¿cómo fue nuestra semana? ¿Qué descubrimos sobre nosotras mismas al intentar vivir con gracia? ¿A quiénes vimos con nuevos ojos? ¿En qué momento sentimos que la gracia nos salvó de una reacción dura y nos invitó a amar?

Preguntas para reflexionar y compartir en grupo

- ¿Qué fue lo más desafiante esta semana al intentar vivir con gracia?
- ¿En qué situación concreta sentiste que elegiste la gracia en lugar de la reacción?
- ¿Cómo te ha ayudado Dios a ver a otros con más compasión y menos juicio?
- ¿Qué significa para ti que la iglesia sea un hospital y no un museo?
- ¿Cómo puedes ser parte de ese ambiente de gracia en tu comunidad de fe?
- ¿Qué historia de la Biblia o testimonio personal te inspira a vivir con más gracia?
- Esta semana que viene, ¿qué acción concreta vas a hacer para extender gracia a alguien que lo necesite?



**LA INTEGRIDAD ES
NUESTRA IDENTIDAD**

LA GRACIA ES NUESTRA RESPUESTA

La coherencia que impacta

Quizá alguna vez has sentido esa desconexión entre lo que crees y lo que haces. Como si tu vida estuviera dividida en compartimentos: el domingo, la fe; de lunes a sábado, las mil ocupaciones que a veces nos empujan a tomar atajos. Quizá has mirado hacia atrás y has visto momentos en los que las palabras no coincidieron con las acciones, donde prometiste algo y no lo cumpliste, donde tus actitudes no reflejaron el corazón de Cristo.

La integridad no es un adorno bonito que sacamos cuando queremos impresionar a otros. Es el fundamento que sostiene toda nuestra vida. Es ser la misma persona cuando nadie nos ve y cuando todos nos miran. Es vivir con el corazón limpio, no porque seamos perfectas, sino porque hemos decidido caminar en verdad, con humildad, con un amor que nos impulsa a honrar a Dios en todo.

Imagina lo que sería que nuestras palabras y nuestros hechos fueran una sola pieza, sin grietas, sin dobles discursos. Que nuestras amigas, nuestros hijos, nuestros vecinos, pudieran ver en nosotras una fe viva, real, concreta. Que no necesitemos gritar con palabras quiénes somos porque nuestra vida misma predique el evangelio.

Y aquí está el secreto: la integridad no se trata de fuerza de voluntad, sino de un corazón transformado por la gracia de Dios. No es cuestión de aparentar perfección, sino de vivir cada día con la conciencia de que Dios nos ve, nos ama y nos llama a ser luz en un mundo de sombras.

Este capítulo es un llamado a volver a la sencillez de la verdad. A ser mujeres íntegras en casa, en el trabajo, en la iglesia, en nuestras conversaciones, en nuestras decisiones. No por obligación, sino por amor. Porque entendemos que la integridad no es una meta que alcanzamos, sino una forma de caminar de la mano de Aquel que es la Verdad.

La historia de Jesús: La tentación en el desierto

Después de ser bautizado por Juan y recibir el Espíritu Santo, Jesús fue llevado al desierto para ser tentado. Estuvo allí durante cuarenta días y cuarenta noches, sin comer. Imagina el agotamiento físico, la debilidad, el hambre. Y es en ese momento cuando aparece el tentador, Satanás, para ofrecerle atajos fáciles, soluciones inmediatas, y tentaciones disfrazadas de necesidad.

“Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan” (Mateo 4:3). En otras palabras, “usa tu poder para saciar tu necesidad”. Pero Jesús responde con la verdad de la Escritura: *“No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”* (Mateo 4:4).

Satanás lo lleva después al pináculo del templo y le dice: *“Si eres Hijo de Dios, lánzate abajo, porque escrito está: A sus ángeles mandará acerca de ti”* (Mateo 4:6). Una tentación para impresionar, para mostrar poder. Pero Jesús no se deja engañar: *“No tentarás al Señor tu Dios”* (Mateo 4:7).

Finalmente, le muestra todos los reinos del mundo y su gloria, y le dice: *“Todo esto te daré si postrado me adoras”* (Mateo 4:9). Una oferta para obtener el mundo sin pasar por la cruz, para tener éxito sin sacrificio. Pero Jesús es claro y firme: *“Vete, Satanás, porque escrito*

está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás” (Mateo 4:10).

Imagina el contraste: Jesús, débil físicamente pero firme espiritualmente, enfrentando al enemigo con la verdad. Su integridad no fue negociable. No cayó en la trampa de obtener pan, poder o prestigio a cualquier costo. Su corazón estaba anclado en Dios y en su Palabra.

Esta historia nos enseña que la integridad no es algo que se muestra solo cuando todo va bien. Es más bien lo que nos sostiene cuando nadie nos ve, cuando estamos cansadas, cuando las tentaciones nos susurran atajos cómodos. La integridad dice: “Prefiero perder lo que el mundo ofrece, antes que traicionar a mi Señor”.

Jesús nos muestra que ser íntegras no es algo imposible. Es posible porque Él fue íntegro por nosotras. Porque enfrentó al tentador y salió victorioso, ahora nosotras podemos caminar con integridad, sostenidas por su ejemplo, por su Espíritu, y por su gracia.

Por qué la integridad debe ser nuestra identidad

La integridad no es una cualidad secundaria; es el cimiento sobre el que se construye toda nuestra vida.

Cuando nuestras acciones, pensamientos y palabras están alineados con lo que creemos, no solo honramos a Dios, sino que también generamos confianza, paz y estabilidad en nosotras mismas y en quienes nos rodean.

¿Por qué debe ser nuestra identidad? Porque la integridad refleja el corazón de Dios. Él es fiel, verdadero, constante. Y como hijas suyas, estamos llamadas a reflejar ese mismo carácter. Las Escrituras nos recuerdan: *“Mejor es el pobre que camina en su integridad que el de perversos caminos y rico”* (Proverbios 28:6). La integridad no es cuestión de posición social o éxito externo, sino de un corazón que late al ritmo del amor de Dios.

Imagina lo que significa ser una mujer íntegra: que tu palabra tenga peso, que tus acciones hablen por ti, que quienes te conocen sepan que pueden confiar en ti porque tus principios no cambian según las circunstancias. Una mujer así no solo impacta a su familia, sino a toda su comunidad.

Y aquí está el secreto: la integridad no es producto de la fuerza de voluntad, sino del poder del evangelio obrando en nosotras. Es Cristo en nosotras quien nos da la capacidad de ser coherentes, de resistir las tentaciones, de decir la verdad cuando sería más fácil mentir, de mantenernos fieles cuando otros se desvían.

La integridad también nos protege. Cuando vivimos con transparencia, no necesitamos recordar mentiras, no tenemos que cargar con dobles vidas, no vivimos con miedo a ser descubiertas. La integridad nos da libertad. Nos permite caminar con la frente en alto, confiadas en que estamos haciendo lo correcto, incluso cuando nadie más lo ve.

Y al final, nuestra integridad apunta a algo mucho más grande: que Cristo vive en nosotras. Que lo que hacemos no es para impresionar a los demás, sino para glorificar a Dios. Porque nuestra identidad no está en lo que tenemos o logramos, sino en Aquel que nos llamó a ser luz en un mundo oscuro.

Aplicación personal: Integridad en lo pequeño y lo grande

A veces pensamos que la integridad solo se demuestra en grandes decisiones: decir la verdad en un juicio, rechazar una gran tentación, mantenerse fiel a Dios ante persecuciones. Pero la realidad es que la integridad comienza en lo pequeño, en lo cotidiano.

Es decidir no exagerar cuando contamos una historia. Es devolver el cambio cuando nos dan de más. Es hablar bien de alguien, incluso cuando no está presente. Es cumplir lo que prometemos, aunque parezca insignificante. Es cuidar nuestras palabras,

nuestras actitudes, y hasta nuestros pensamientos.

Dios sí lo ve. Y vivir con integridad no es para impresionar a otros, sino para honrar a Aquel que conoce lo más profundo de nuestro corazón.

Imagina que tu vida es como un tapiz. Cada hilo, por pequeño que sea, es importante. Si uno se rompe o se tuerce, afecta todo el diseño. Así también nuestras pequeñas decisiones de integridad van formando un carácter sólido y hermoso que muestra la obra de Dios en nosotras.

Esta semana, podrías reflexionar en:

- ¿Hay alguna área donde estás tomando atajos que parecen “inofensivos”?
- ¿Cómo puedes practicar la integridad en cosas simples: llegar a tiempo, hablar con sinceridad, cumplir lo prometido?
- ¿Qué cambios podrías hacer para ser más coherente entre lo que dices y lo que haces?

Recuerda: cada elección es una oportunidad para crecer en integridad y para mostrar que nuestra vida está fundada en la Verdad, que es Cristo.

En la iglesia: Un testimonio vivo de integridad

La iglesia es el lugar donde se predica el evangelio, donde se habla de amor, verdad, gracia y perdón. Pero ¿qué pasa cuando las palabras no se traducen en acciones? Cuando decimos que amamos, pero criticamos a escondidas; cuando hablamos de unidad, pero sembramos división; cuando proclamamos humildad, pero nos movemos por orgullo.

Ser íntegras en la iglesia significa hacer lo que predicamos. No se trata solo de escuchar sermones inspiradores, sino de ponerlos en práctica. De ser las primeras en pedir perdón, en tender la mano, en ayudar sin esperar reconocimiento. Es vivir la fe con hechos, no solo con palabras.

Además, integridad significa ser verdaderas, auténticas, sin máscaras. No fingir que lo tenemos todo bajo control, que somos perfectas, que nunca dudamos ni fallamos. Dios no nos pide perfección; nos pide un corazón sincero. Una mujer íntegra es aquella que sabe ser débil, que reconoce sus luchas, que se permite llorar con otras, que comparte sus cargas, y que sabe que su fuerza no está en sí misma, sino en Cristo.

Imagínate una iglesia donde cada mujer se siente libre de ser quien realmente es. Donde no hace falta aparentar, porque sabemos que todas estamos en proceso, todas necesitamos gracia. Donde, en lugar de

competir por quién es más “espiritual”, nos ayudamos mutuamente a crecer, nos animamos a ser honestas, a buscar sanidad, a caminar juntas.

La integridad crea un ambiente de confianza, donde podemos compartir nuestras cargas sin temor, donde las heridas se pueden tratar con amor, donde no hay máscaras que oculten el dolor. Porque integridad no es mostrarnos fuertes, sino mostrarnos verdaderas. Y en esa verdad, Dios obra, sana, y nos transforma.

En la vida misional: Integridad que impacta

En el mundo que nos rodea, muchas veces los cristianos somos vistos como hipócritas: personas que hablan de amor y gracia, pero viven juzgando; que proclaman perdón, pero no saben pedirlo; que predicán santidad, pero esconden sus fallos. Esta percepción no siempre es injusta, porque es fácil caer en la trampa de mostrar una imagen perfecta y esconder nuestras luchas.

Pero la verdadera integridad no consiste en aparentar perfección, sino en vivir con humildad y autenticidad. Es reconocer nuestras fallas, no como derrotas, sino como oportunidades para mostrar cómo la gracia de Dios actúa incluso en medio de nuestras debilidades. La gente no necesita ver cristianas inalcanzables, sino mujeres reales, que confiesen:

“Yo también fallo, pero Cristo me levanta cada día”.

Imagínate lo impactante que sería si, en vez de intentar brillar por nuestras “vidas impecables”, brilláramos por la transparencia de un corazón redimido. Un corazón que dice: “No soy perfecta, pero estoy siendo transformada. No lo hago todo bien, pero confío en la gracia que me sostiene. No tengo todas las respuestas, pero camino cada día con Aquel que es la Verdad”.

La integridad en la vida misional es vivir de tal manera que incluso nuestras caídas, cuando las manejamos con honestidad y arrepentimiento, se convierten en testimonios vivos de la obra de Dios. Es atrevernos a decir a otros: “Lo que ves no es mi perfección, es su gracia obrando en mí”.

Esta semana, puedes pensar en cómo tus palabras y acciones están comunicando el evangelio. No se trata de recitar versículos o de lucir una “vida de revista”, sino de mostrar a Cristo a través de tu humanidad, de tu vulnerabilidad, de tu disposición a aprender, a cambiar, a amar incluso desde tus fallos.

Porque la integridad no es brillo personal; es el resplandor de Su gracia reflejada en ti, mostrando a todos que, aún en nuestras imperfecciones, Dios es fiel, bueno, poderoso y digno de confianza.

DÍA 1

“Mejor es el pobre que camina en su integridad que el de perversos caminos y rico” (Proverbios 28:6).

Señor, ayúdame a elegir cada día la verdad y la rectitud, aunque parezcan caminos más difíciles. Que mi integridad sea testimonio de tu amor. Amén.

APUNTES:

DÍA 2

“El justo anda en su integridad; sus hijos son dichosos después de él” (Proverbios 20:7).

Padre, que mi integridad impacte a mi familia. Que mis hijos vean en mí un reflejo de tu verdad y gracia. Amén.

APUNTES:

DÍA 3

“Sean hechos no solo oidores de la palabra, sino hacedores” (Santiago 1:22).

Dios, no permitas que solo escuche tu palabra, sino que la ponga en práctica con un corazón dispuesto y obediente. Amén.

APUNTES:

DÍA 4

“El hombre de doble ánimo es inconstante en todos sus caminos” (Santiago 1:8).

Señor, dame un corazón firme, que no sea movido por mis emociones o deseos, sino anclado en tu verdad. Amén.

APUNTES:

DÍA 5

“A Jehová agradan los de corazón íntegro”
(Proverbios 11:20).

Padre, que mi vida sea agradable a ti. Ayúdame a vivir con integridad para reflejar tu carácter. Amén.

APUNTES:

DÍA 6

“En su boca no fue hallado engaño; están sin mancha delante del trono de Dios” (Apocalipsis 14:5).

Jesús, limpia mis palabras y pensamientos. Que lo que diga y lo que haga sea verdadero y puro. Amén.

APUNTES:

DÍA 7

*“Sean sinceros y sin ofensa hasta el día de Cristo”
(Filipenses 1:10).*

Señor, quiero caminar con sinceridad y sin doblez, esperando el día glorioso en que estaré delante de ti. Amén.

APUNTES:

MOMENTO DE REPASO Y REFLEXIÓN GRUPAL

Vívelo con propósito

Esta semana hemos reflexionado que la integridad es mucho más que apariencia; es el latido de un corazón transformado por Dios. Hemos aprendido que ser íntegras no es ser perfectas, sino vivir con humildad, coherencia y verdad. Que no se trata de mostrar vidas sin fallos, sino de permitir que Su gracia brille a través de nuestras luchas y victorias.

Recordamos que la integridad comienza en lo pequeño: en una palabra, un gesto, una decisión. Y que se extiende a lo grande: en cómo amamos, cómo perdonamos, cómo vivimos en comunidad. Que en la iglesia no se necesitan mujeres perfectas, sino mujeres auténticas, dispuestas a amar y a dejarse transformar.

Hoy, al reunirnos, vamos a recordar juntas que la integridad es nuestra identidad en Cristo, y que al vivir de esta manera, mostramos al mundo quién es Él y lo que ha hecho por nosotras.

Preguntas para reflexionar y compartir en grupo

- ¿Qué fue lo más desafiante esta semana al intentar vivir con integridad?
- ¿En qué momento sentiste que fuiste llamada a ser auténtica y coherente?
- ¿Qué áreas de tu vida necesitan más alinearse con lo que crees?
- ¿Cómo puedes fomentar un ambiente de verdad y amor en tu iglesia?
- ¿Qué significa para ti vivir con integridad en tu vida diaria y en tu testimonio a otros?
- ¿Qué historia bíblica o testimonio personal te inspira a vivir con más coherencia y humildad?
- Esta semana, ¿qué paso concreto darás para ser más íntegra en tus palabras, pensamientos y acciones?

CIERRE: UN LLAMADO A CAMINAR JUNTAS

Al llegar al final de este recorrido, quiero invitarte a mirar atrás y ver cómo cada uno de estos valores que hemos compartido nos llama a algo más grande: a ser mujeres que viven para la gloria de Dios, no solo en palabras, sino en cada acción, en cada decisión, en cada gesto de amor y gracia.

Este libro no es un punto final, sino un punto de partida. Una invitación a caminar juntas, a que Tres|Dieciséis sea mucho más que un nombre: sea un hogar para todas, un lugar donde se respire gracia, verdad y amor. Una comunidad donde cada mujer pueda descubrir que tiene un lugar, que sus dones son valiosos, y que juntas podemos ser un testimonio vivo del poder transformador del evangelio.

La iglesia no es un museo de perfección, sino un hospital de gracia. Aquí todas necesitamos ser restauradas, renovadas, abrazadas por el amor de Dios. Aquí, cada historia es bienvenida, cada herida tiene un espacio para ser sanada, cada mujer tiene un papel para desempeñar.

Que este libro no se quede en tus manos como un simple texto leído. Hazlo parte de tu vida, de tu oración, de tus relaciones, de tu manera de ser y servir. Vívelo en cada momento, permitiendo que los valores que hemos explorado te acompañen, te inspiren y te desafíen.

Queremos que Tres|Dieciséis sea un faro que atraiga a mujeres con hambre de verdad, con sed de amor, con necesidad de comunidad. Y tú eres parte esencial de esta historia que Dios está escribiendo.

Así que, levanta la mirada, hermana. El Señor te llama. La iglesia te espera. La comunidad te necesita. Y Jesús está contigo, equipándote, sosteniéndote, llenándote de su Espíritu para que brilles con la luz del evangelio.

Este es tu momento. Este es nuestro momento. Vivamos la fe juntas, con estos valores como nuestra guía, para que Tres|Dieciséis sea un lugar donde la vida florezca, donde la gracia abunde, y donde el evangelio sea el centro de todo.

Que Dios te bendiga

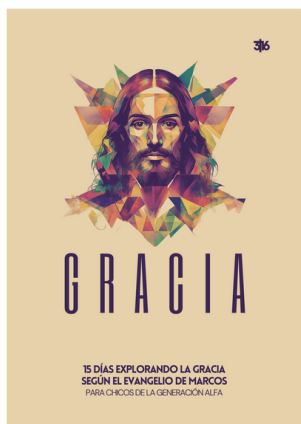
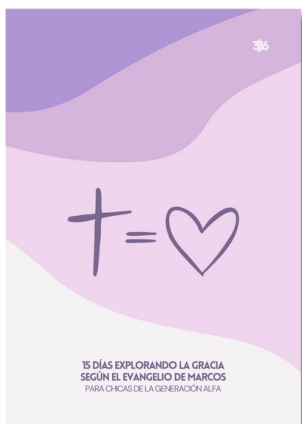
Claudia Andereya

© 2025 Tres|Dieciséis
Todos los derechos reservados.

3|16 Base
C. Benavides 61
38370 La Matanza de Acentejo
Santa Cruz de Tenerife - España

contacto@TresDieciseis.es
www.TresDieciseis.es

Entidad Religiosa registrada - R017399



¿Quieres más recursos como este?

Descubre materiales adicionales, guías,
devocionales y herramientas para seguir
creciendo en tu fe en nuestra página:

www.i316.org/recursos



316
TRES|DIECISÉIS